

BOLSILIBROS
BRIGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

JURAMENTO ANUAL EN PONZA

*Lou
Carrigan*



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



SERVICIO SECRETO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección LA HUELLA:

140 — Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

539 — Ha llegado tío Henry.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

265 — Sekreten polizeiiken.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

470 — Un revólver tejano.

En Colección PUNTO ROJO:

992 — Un caballo cabalga en un gusano.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.606 — Las bestias humanas.

En Colección KANSAS:

1.198 — Me enterrarán en Texas.

En Colección CALIFORNIA:

1.278 — El placer de matar.

LOU CARRIGAN

**JURAMENTO ANUAL
EN PONZA**

Colección
SERVICIO SECRETO nº 1608
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 13.325-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio - 1981

© Lou Carrigan - 1981

texto

© Desilo - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets
del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

EL BAR Tritone estaba, en efecto, en una de las callejuelas detrás del Castillo Capuano, sito este en la Piazza de Nicola, en Nápoles.

Era un bar pequeño, modesto, como incrustado en el bajo edificio de aspecto deslucido. Un bar insignificante en un lugar insignificante. Y, sin embargo, si los informes recibidos eran ciertos, allá dentro debía estar preparándose algo importante. Muy importante.

El hombre que se había detenido en la acera de enfrente al bar todavía lo estuvo observando unos segundos más, como desconfiando de que de allí pudiera salir algo interesante. Pero, finalmente, cruzó la estrecha calle hacia el Bar Tritone, a largas y lentas zancadas.

Cuando entró, algunas miradas se volvieron hacia él con indiferencia, pero tal indiferencia desapareció en el acto ante la impresionante personalidad del recién llegado. Medía más de metro ochenta, era delgado pero de hombros anchos, y su rostro seco y anguloso subrayaba su firmeza con una boca fina y dura. Vestía deportivamente con cierto descuido elegante, natural. Era el tipo de hombre que difícilmente puede pasar desapercibido.

Sin embargo, las miradas se desviaron cuando él paseó la suya por el local. Una mirada directa y fría, en su inexpresividad. Una mirada que se posó, finalmente, sobre la muchacha que estaba sentada ante una mesa situada en un rincón, y que, al parecer abstraída en la lectura de una revista de modas francesa, era la única persona que no se había molestado en mirar hacia la puerta.

El hombre caminó precisamente hacia la muchacha,

contemplándola con cierta expresión especulativa. Era rubia, muy bonita, de poco más de veinticinco años, y vestía con cierta discreta elegancia. Evidentemente, no sentía el menor interés por lo que sucediera a su alrededor. Ni siquiera alzó la cabeza cuando el recién llegado se detuvo ante ella, al otro lado de la mesa. No lo hizo hasta que oyó la voz de él.

—Perdón... ¿Le interesaría a usted hablar conmigo?

Ella le miró entonces. Por sus ojos pasó un rápido y breve destello de admiración. Enseguida, sonrió cortésmente.

—Es posible —dijo—. Siempre y cuando tenga usted algo interesante que decirme, señor... señor...

—North. Elvis North, americano.

—Habla usted muy bien el italiano, señor North. ¿De qué quiere hablarme?

—Estoy buscando trabajo, y he oído en ciertos ambientes que en este bar alguien que estaría leyendo una revista francesa podría proporcionármelo. ¿Es usted?

—Sea tan amable de sentarse.

—Gracias. ¿Puedo invitarla?

—Yo le invitaré a usted, si no le molesta.

—Claro que no.

—¿Whisky, tal vez?

—Solo bebo alcohol cuando estoy descansando. Tomaré café.

La muchacha asintió, miró hacia el mostrador, e hizo una seña, que fue interpretada por el camarero. Elvis North le estaba ofreciendo un cigarrillo, y ella aceptó.

—¿En qué ambiente oyó usted eso de que conseguiría trabajo aquí, señor North?

—Digamos que tengo amigos en Roma que siempre captan cierta clase de ofertas. Les pago bien para que estén atentos a todas las posibilidades. También tengo amigos en París y en Londres.

—Ya. ¿Quizá alguno de esos amigos suyos ha sido va contratado por mí y le ha avisado de que podría haber algo también para usted?

—No. Mis amigos solo trabajan para mí. Ellos ven y oyen y si el asunto parece que puede merecer la pena, me avisan. Son buenos muchachos —sonrió secamente—, pero no están... tan bien preparados como yo para cierta clase de trabajos.

—¿Entiendo que son algo así como... rastreadores de oportunidades para que usted las aproveche?

—Es una inteligente manera de entender las cosas.

—Gracias. Pero, señor North, yo no estoy contratando grupos, ni jefes de grupos, sino hombres... sueltos, independientes.

—No encontrará a nadie más independiente que yo. En el supuesto de que el trabajo me interese, sepa que solo me contrataría a mí, no a mis amigos.

—Lo que significa que a ellos les paga usted, y que por lo tanto, los trabajos que acepta deben estar bien pagados.

—Indiscutiblemente. No soy un aventurero barato, señorita... señorita...

—Simonetta. Ah, el café...

El camarero depositó dos tazas de café sobre la mesa, y se retiró. La rubia Simonetta echó en la taza todo el azúcar servido en el platillo, pero Elvis North comenzó a beber sin poner azúcar.

—¿Cuál sería su tarifa mínima? —preguntó Simonetta, removiendo el café.

—Depende del trabajo, del riesgo, de los días de duración, de si es en Italia o fuera de ella... Como punto de partida, digamos que nunca me movilizo por menos de veinticinco mil dólares.

—Por ese precio —sonrió Simonetta— incluso se le puede exigir que mate a alguien, señor North.

—Muy bien.

—¿No le importa hacerlo?

—No.

—Además del inglés y del italiano... ¿habla usted algún otro idioma?

—Puedo defenderme en varios.

—¿Por ejemplo?

—Aleman, francés, ruso, español, portugués, y algo de sueco, húngaro, griego, y unas cuantas palabras en chino, japonés y árabe. Y puedo desenvolverme bien en esperanto

Simonetta había quedado con la boca abierta. Aprovechó para tomar su primer sorbo de café, lo cual no disminuyó su pasmo. Por fin sonrió con cierta dificultad, y preguntó:

—¿Puede aceptar un contrato de quince días?

—No por veinticinco mil dólares.

—Oh, desde luego. La cantidad inicial está fijada en cincuenta mil. ¿Le parece bien?

—¿En Italia o fuera de Italia?

—¿No es usted demasiado exigente? —rio ella.

—Vivo de esta clase de trabajos... y puedo morir en uno de ellos. Se me ocurrió desde el principio que, puestos a jugar me la vida, valiese la pena vivirla bien mientras pudiese.

—Es más que posible que en cualquier momento entre otro hombre o varios, menos exigentes que usted, en busca de ese trabajo.

—Lo sé. Hay matarifes de toda clase.

—¿Conoce a alguno que pueda... avalarlo?

—Nunca me he preocupado por eso. Mi aval soy yo mismo.

Simonetta parpadeó. De pronto, miró hacia el mostrador, alzó las cejas con gesto interrogante al tiempo que se señalaba el pecho con un dedo, y asintió. Miró de nuevo a Elvis North.

—Discúlpeme un momento. Parece que tengo una llamada telefónica.

—Disculpada.

Simonetta se puso en pie, sonriendo. Fue hacia el mostrador, en uno de cuyos extremos estaba el teléfono, cuyo auricular le tendía el camarero.

—Piden por una señorita rubia llamada Simonetta. He supuesto que era usted.

—Sí, gracias. Muy amable.

En la mesa, Elvis North terminó su café, y aplastó el cigarrillo en un viejo cenicero de cerámica. Volvió ligeramente la cabeza, y vio a Simonetta en plena conversación, pero no pudo verle el rostro, porque ella se había vuelto de espaldas al fondo del local y miraba hacia la puerta.

La conversación duró apenas un minuto. La muchacha regresó a la mesa, pero no se sentó. Recogió su bolso, y la revista.

—Tengo que marcharme —dijo—, pero no hay inconveniente en que venga usted conmigo. He aprovechado esa llamada para preguntar si la tarifa podría aumentarse a setenta y cinco mil dólares para un hombre excepcional, ¿Está bien setenta y cinco mil?

—Empieza a estar francamente bien. ¿Debo acompañarla?

—Sería conveniente, para que sigamos hablando. Tengo que

esperar en mi apartamento una llamada de París. Como todavía no está usted trabajando quizá aceptase tomar una copa en mi apartamento mientras concretamos el contrato.

—De acuerdo.

—Bien entendido que está dispuesto a aceptar el trabajo, ya que de otro modo no tiene objeto que venga usted conmigo.

—Estoy dispuesto, por setenta y cinco mil.

—Muy bien. Voy a pagar. ¿Tiene usted coche?

—En Nápoles no.

—Ya. Bueno, tengo el mío cerca de aquí...

* * *

El apartamento de Simonetta estaba en un moderno edificio construido en el solar de otro viejo derribado, en Vía Cristóforo Colombo. No parecía muy grande, pero disponía de un salón poco menos que espléndido, cuyas amplias puerta ventanas se abrían a una terraza florida. Desde allí se veía la hermosa bahía.

—Si le gusta el paisaje podemos conversar en la terraza —señaló ella—. No hace frío todavía, y la vista es preciosa. ¿Conoce bien Nápoles?

—Conozco bastante bien toda Italia. Hace años que estoy por aquí... Los suficientes para saber que usted tampoco es italiana. Ni francesa, ciertamente.

—¿Qué soy? —sonrió Simonetta.

—Yo diría que alemana.

—Buen oído. ¿Solo o con agua?

—Con hielo, por favor, si es posible.

—Claro que sí. Acomódese.

Elvis North salió a la terraza, y se sentó en una de las cómodas sillas ante la mesita jardinera. Allá arriba, a siete pisos de altura, el ruido llegaba apenas amortiguado, pero, en efecto, la contemplación de la Bahía de Nápoles compensaba cualquier otra molestia. Encendió otro cigarrillo. Vio a Simonetta regresar de la cocina, con dos vasos conteniendo hielo. Sacó una botella de whisky de un pequeño mueble-bar cuyas puertas no parecían funcionar bien, y con todo en las manos salió a la terraza.

—He debido ayudarla —dijo North.

—No se preocupe.

Simonetta sirvió whisky en los dos vasos, y se sentó. Se quedó

mirando con desconcertante sonrisita a Elvis North.

—¿Sabe, señor North? —murmuró—. Realmente debe ser usted un sujeto muy especial, así que va a tener una muerte también muy especial. ¿No quiere beber su último whisky?

North la miraba atentamente, pero inexpresivo. De pronto, desvió la mirada hacia la salida a la terraza, y vio a los dos hombres que se acercaban rápidamente, ambos pistola en mano. No se movió, no dijo nada.

Los dos hombres salieron a la terraza, ocultando las pistolas en los bolsillos de sus chaquetas, pero apuntando ostensiblemente a North a través de la tela.

Uno de ellos dijo:

—Seguro que es él: Elvis North, agente de la W.W.W.

—Kobler asegura conocerlo a usted, y no debe estar equivocado, señor North —deslizó Simonetta—, ya que usted mismo ha asegurado ser Elvis North. ¿Conoce usted a Kobler?

—No —negó Elvis.

—Él a usted sí. Inconvenientes de ser un hombre de su... relieve y personalidad. Bien, sabemos ya que es usted Elvis North, agente de la Watch Wide World, la famosa W.W.W., o sea, ese... extraño organismo llamado Vigilancia Universal. Según parece, usted es uno de los agentes más afamados de la W.W.W, señor North.

—Soy el mejor —asintió Elvis, serenamente.

—Ah, el mejor... Bueno, cuando menos no tengo más remedio que admitir que posiblemente sea el más valiente. En una situación como esta sería tonto hacer preguntas, ¿verdad? Simplemente, la W.W.W. se ha enterado de que alguien estaba contratando aventureros de categoría en el Bar Tritone de Nápoles, y le ha enviado a usted para que viese de enterarse qué se estaba planeando y quién dirigía el asunto. ¿No es así?

—Obviamente.

—Obviamente. Con lo que nos obligan ustedes a desalojar Nápoles y buscar otro lugar para seguir contratando personal. Es un mal menor, considerando que si Kobler, que vigilaba cerca del Bar Tritone, no me hubiese avisado por teléfono respecto a quién es usted, quizá yo habría dicho demasiadas cosas. Pocas, pero siempre demasiadas. De todos modos, no habría importado, ya que usted no las repetiría a nadie. Salte, señor North.

—¿Qué?

—Kobler y Delnier le están apuntando a usted con sus pistolas, pero preferimos no disparar, pues alguien podría verlo desde las casas de enfrente. En cambio, si usted se acerca a la barandilla y salta, se podrá hablar de un... accidente. Un extraño accidente, ya que cuando suban a este apartamento lo encontrarán vacío. ¿Sabe usted que no es mío, ni de ninguno de mis amigos? Su propietario está en Roma hace días, y nosotros lo estamos utilizando... abusivamente.

—De todos modos, mis amigos los encontrarán a ustedes.

—Es posible. Pero usted ya no lo verá. Puede terminarse el whisky, si quiere.

—Ya basta de tonterías —gruñó Kobler—; salte, North.

—Sí, salte —sonrió Delnier—; solo son siete pisos, hombre.

—Tengo entendido —sonrió Simonetta— que todas las personas que caen al vacío gritan, pero me parece que el señor North no gritará. Es demasiado orgulloso.

—Cuando llegue abajo ya no lo será —dijo Kobler—. Bueno, dejémonos de tonterías y salte, North. A mí no me importaría dispararle a través del bols...

Kobler se atragantó con la palabra «bolsillo», emitiendo un ronquido, mientras se tambaleaba hacia atrás. En su frente había aparecido como una pequeña manchita negra redonda. La reacción de Delnier fue lógica, pero poco práctica: miró a su compañero, sorprendido, sin comprender qué ocurría. Kobler caía ahora como a cámara lenta hacia atrás, y de la manchita negra brotaba un líquido rojo oscuro, apenas unas gotitas.

El ojo izquierdo de Delnier reventó, se convirtió en un manchurrón sanguinolento, al tiempo que su cabeza giraba más hacia el interior del apartamento, y el cuerpo, con suave impulso, la seguía en el movimiento. Kobler había caído de espaldas cuando Delnier cayó de bruces sobre él. Simonetta se había puesto en pie de un salto, y contemplaba con sorpresa y sobresalto a sus dos compañeros caídos entre la terraza y el salón, muertos ambos.

—Espero que el whisky sea bueno —dijo Elvis North, alzando el vaso.

CAPÍTULO II

LA desorbitada mirada de Simonetta se volvió hacia al americano, que, en efecto, estaba tomando un sorbo de whisky. Dejó el vaso sobre la mesa, y dijo:

—Siéntese, Simonetta. Todavía no hemos terminado nuestra conversación.

Simonetta se sentó. No entendía nada de nada. No había arma alguna en las manos de Elvis North, y sin embargo, Kobler y Delnier habían muerto de sendos disparos certeros en la cabeza...

—Es evidente que Kobler no sabía lo suficiente de mí —dijo North—. ¿Verdad que no le hablé de Alice?

Simonetta negó con la cabeza. Parecía alucinada.

—Alice es mi amiga, compañera y amante. Siempre trabajamos juntos. O casi siempre. Cuando nos metemos en según qué clase de asuntos nos llamamos Elvis y Alice, y decimos ser de la W.W.W, es decir, de la Vigilancia Universal. Solo a veces. A veces somos otras personas, más... independientes. Bueno, todo depende de las circunstancias. En esta ocasión, somos Elvis y Alice, en efecto... ¿No toma su whisky, Simonetta?

Esta comprendía por fin, y miraba hacia las casas de enfrente, al otro lado de la calle. Justo en el terrado de una de ellas, la que estaba frente a la terraza, vio a una mujer de largos cabellos rubios, que le envió un gracioso saludo con la mano izquierda. En la derecha tenía algo.

—Alice y yo estamos tan compenetrados que ni si quiera necesitamos hablar para entendernos. Cuando ella da la cara, yo trabajo en la sombra, y viceversa. Ni que decir tiene que siempre

andamos cada uno protegiendo la espalda del otro. Y como ni a ella ni a mí nos gustó una invitación tan prematura a su apartamento, ella ha tomado sus medidas. No es usted la única que sabe o puede entrar donde quiere. Alice es una experta. Y tiene muchas otras cualidades. Por ejemplo, sabe leer en los labios lo que dicen las personas, así que ha leído en los labios de sus amigos eso de que yo tenía que saltar. Otra de las muchas cualidades de Alice es la firmeza de su pulso: desde treinta y cinco metros es capaz de acertar al primer disparo, una pelota de ping-pong. De esta terraza al terrado de enfrente solo debe haber veinticinco, más o menos, y las cabezas de Kobler y Delnier son más grandes que una pelota de ping-pong. Bien, ahora siéntese y sigamos conversando, Simonetta.

Esta se pasó la lengua por los labios, tomó el vaso, y bebió un sorbo.

—No tenemos nada más que hablar —jadeó.

—De acuerdo. Salte.

—¿Que?

—Que salte. Solo son siete pisos. Y por favor; no grite.

Simonetta estaba lívida.

—No pienso saltar —aseguró.

—Eso es injusto, Simonetta: donde las dan, las toman.

—¡No voy a saltar!

—No se ponga histérica. Por mi parte, no tengo inconveniente en ser amable con usted, siempre y cuando sea correspondido. Vamos a ver: ¿para quién trabaja usted y de qué va este asunto de contratar mercenarios y aventureros de primera categoría?

—No pienso decírselo.

—Es usted una pobre estúpida —dijo secamente North— Quizá está pensando que no soy capaz de enviarla terraza abajo, pero se está equivocando. Vamos, no sea absurda. Usted va a quedar fuera de juego de todos modos, así que ¿no le parece preferible ser retirada... delicadamente de la acción a ser arrojada a la calle desde aquí?

Simonetta miraba los oscuros ojos de Elvis North. Y lo que vio en ellos la hizo estremecerse.

—Trabajo para dos hombres —musitó.

—¿Quiénes son y dónde están?

—Se llaman Jakob Effel y Ludwig Werthe.

—Alemanes, como usted. Bien. ¿Dónde están?

—En Ponza.

—¿En la isla de Ponza?

—Sí, claro.

—¿Y qué hacen allí?

—No lo sé. Solo sé que están allí, y que Kobler, Delnier y yo teníamos que reunimos con ellos cuando hubiésemos contratado suficiente personal.

—¿Cuánto es suficiente personal?

—No menos de cincuenta hombres.

—Cincuenta... ¿Quiere decir que están dispuestos a invertir un mínimo de dos millones y medio de dólares en la operación?

—Sí... Sí.

—¿Qué operación?

—No lo sé.

—Simonetta...

—¡Le digo que no lo sé, solo sé que ellos hablaron alguna vez del juramento! Al menos, eso me dijo Kobler.

—¿Del juramento? ¿Qué juramento?

—No lo sé. ¡No lo sé!

—¿Cuándo les esperan a ustedes tres en Ponza?

—No lo sé, eso lo sabía Kobler. Creo que cuando tuviésemos suficiente personal debía llamar a un número de Ponza... ¡No sé el número, lo sabían Kobler y Delnier, yo solo estoy con ellos hace dos semanas, para dar la cara, porque soy nueva en estas cosas!

—Ya entiendo. Ellos preferían no dejarse ver... ¿Quiere decir que esos sujetos de Ponza, Werthe y Effel, no la conocen a usted?

—Personalmente, no. Pero naturalmente Kobler les habló de mí. Les dijo lo que habían pensado que yo hiciera, y les pareció bien.

—¿Y por qué Kobler la metió a usted en esto?

—Bueno, somos... éramos... amigos.

—Ya, ya. Bueno, de modo que en la isla de Ponza... ¿Dónde de esa isla? ¿En una casa particular, un hotel, quizá están en un yate...?

—No lo sé.

Elvis North se quedó mirando atentamente a Simonetta, que por supuesto no debía llamarse Simonetta. Bueno, ¿qué importancia tenía un nombre? Él mismo usaba el que quería según las

conveniencias del momento o las circunstancias.

—Debo entender —dijo tras la reflexión— que usted tampoco conoce a Effel y Werthe. ¿Es así?

—Sí.

—Lo que significa que si la llevase conmigo a Ponza no serviría de nada, ya que ni ellos la conocen a usted ni usted a ellos. En definitiva, no me es usted útil para nada, Simonetta.

—¿Qué quiere decir? —se alarmó ella.

—Tranquila. Yo no soy un matarife que va dejando muertos por ahí sin ninguna necesidad. Lo que quiero decir es que tendremos que retirarla de la circulación. Pero lo haremos amablemente, hasta que este asunto haya quedado solventado. ¿Seguro que no sabe nada de eso del juramento? Nosotros podríamos ser hasta generosos con usted si colaborase.

—Ojalá pudiera decirle algo sobre ese juramento, pero no es así. Solo hablaron de él, pero sin decir de qué se trataba.

—De acuerdo. Ahora saldremos de aquí y la pondremos a buen recaudo. Le aconsejo que no se complique más la vida. ¿Comprende?

—Sí.

Elvis North asintió, se puso en pie, y se acercó a la barandilla de la terraza, dando frente a la muchacha rubia que seguía en el terrado de la casa de enfrente, algo más baja que la que ocupaba él.

Moviendo los labios, pero sin emitir la voz, Elvis North, dijo:

—Voy a bajar con Simonetta. Adelántate y trae el coche. Nos la llevaremos...

Vio el gesto de Alice, al otro lado de la calle, pero, además, oyó el jadeo tras él, presintió el movimiento de Simonetta. Todo lo que hizo fue volverse mientras se desplazaba con hábil y veloz giro hacia su izquierda... Simonetta, con los brazos extendidos, pasó junto a él, empezando ya a emitir un chillido de terror al ver cómo se abría camino libre ante ella, justo allá donde había estado la espalda de Elvis North, el cual la habría protegido con su cuerpo de cualquier disparo efectuado por Alice desde el otro lado de la calle.

En un instante, el gesto de furia y de odio de Simonetta hacia el hombre causante de la muerte de su amigo Kobler cambió al más puro y abyecto terror. Su rostro se desencajó en el grito cuando la parte superior de sus muslos golpeó contra la barandilla y el peso y

la inercia del torso la desequilibró violentamente hacia adelante. Las manos de Simonetta parecieron arañar el vacío, su grito tremoló en el aire tibio vespertino napolitano, su cuerpo, finalmente, rebasó la barandilla y giró en el principio del descenso.

Un metro y medio más allá, todavía ante la barandilla, Elvis North no tuvo ni siquiera tiempo de pensar en intentar ayudar a la rubia y bonita Simonetta.

Cuando Elvis North miró hacia abajo, el cuerpo de la muchacha yacía trágicamente aplastado sobre la acera. North retrocedió hacia el centro de la terraza, para no ser visto desde la calle, y miró a Alice que le hizo señas de que iba a bajar, y se volvió hacia la puerta que desde la escalera de aquel edificio se abría al terrado. Elvis North quedó todavía un segundo como atónito. ¿Cómo había podido ser tan estúpida aquella muchacha?

Moviendo la cabeza, regresó hacia el interior del salón, y arrastró rápidamente hacia allí los cadáveres de Delnier y Kobler, a los que registró rápidamente, metiendo en sus bolsillos todo lo que encontró en los de ellos, menos las pistolas, que desdeñó con total indiferencia.

Un minuto más tarde, Elvis North salía a la calle, donde ya había un numeroso grupo de personas, todos rodeando el lugar donde la insensata Simonetta yacía aplastada. Sin más. North se alejó, caminando tranquilamente, cruzándose con más personas que acudían presurosas a contemplar el desagradable espectáculo. Con seguridad, más adelante, alguien le recordaría, pero eso no le preocupaba en absoluto. Por la otra acera vio a Alice, caminando paralelamente a él. Siguió caminando, siempre tranquilo, sosegado, cerca del bordillo.

Medio minuto más tarde oía el suave frenazo de un coche a su izquierda. Giró, abrió la portezuela derecha, y se metió dentro. Al volante del coche, la rubia y bellísima Alice Westmoreland reanudó la marcha, comentando:

—Esa chica era idiota.

—Si. Tu segundo disparo no fue tan bueno como el primero: le acertaste en un ojo.

—Porque movió la cabeza. ¿Has sacado algo en claro?

—En claro, no, pero tengo una pista que para nosotros será más que suficiente: Ludwig Werthe y Jakob Effel, en la isla de Ponza.

—¿Eso es todo?

—También tengo las cosas de los dos tipos de la terraza, que quizá nos sean útiles. Ah, y lo del juramento.

—¿Qué juramento?

—Ignoro en qué consiste. Simonetta dijo que sus amigos habían mencionado un juramento. No sé más.

—Bueno —le miró sonriente Alice—, podemos ir a Ponza a preguntárselo a Werthe y Effel. Todo eso, su poniendo que esa pobre tonta no te haya estado tomando el pelo.

—No creo. Terminó por comprender que mi carácter no era demasiado bueno, así que seguramente dijo la verdad, o al menos parte de ella. Aunque, efectivamente, no era demasiado lista, tuvo que comprender lo mucho que yo podía enfadarme si comprobaba que me había mentido y volvía a por ella.

—De todos modos, no perderemos nada yendo a Ponza. No es un lugar demasiado conocido, ¿verdad?

—Es una isla poco explotada por el turismo, de momento. Pero ya se están despabilando. Desde luego, no es Capri ni Ischia.

—Se debe estar muy bien allí. Quiero decir, muy tranquilo.

—Hasta ahora, supongo que sí. ¿Tienes apetito?

—Normal. ¿Por qué no habría de tenerlo?

—Nos hemos cargado a tres personas, dicho vulgarmente.

—Ah, sí, es cierto. Pero el deceso de esa clase de... «personas» a mí no me quita el apetito, mi amor. Más bien me lo aumenta. Eran dos asesinos, ¿no es cierto? Y ella también, pues no solo quería que saltases tú, sino que intentó empujarte personalmente.

—La verdad es —asintió North— que no vale la pena perder el apetito por esa clase de gente. ¿Dónde te gustaría cenar?

* * *

Hacia las diez y media de la noche, Alice y Elvis regresaron al hotel donde se habían alojado a su llegada a Nápoles la noche anterior. No era un hotel de superlujo, pero resultaba agradable, tanto por sí mismo como por su ubicación en Vía Caracciolo, cerca del Acuario de los Jardines Comunes, que quedaban detrás. Delante, el mar, que se veía desde las ventanas de la suite.

Elvis North se colocó ante una mesita, y fue depositando en ella las cosas de Kobler y Delnier, observado atentamente por Alice. Acto seguido, cada uno se encargó de una billetera. El dinero quedó

a un lado, y las demás cosas fueron extendidas en dos grupos, para no mezclarlas. Y los dos se fijaron inmediatamente en lo mismo: los pasajes para el *vaporetto* de la línea Gaetamare. Tres pasajes. La rubia Alice miró la fecha en que debían ser utilizados.

—Son para pasado mañana. Es decir, que pasado mañana se iban a trasladar a Ponza desde Gaeta. Eso puede significar que tenían ya los cincuenta hombres, o que esperaban tenerlos entre hoy y mañana. Si nos descuidamos un poco no llegamos a tiempo: Simonetta debía estar hoy en el Tritone esperando los últimos... ¿Qué es eso?

Elvis terminó de desdoblar el papel que había encontrado en el doble fondo de la billetera de Kobler. Los dos se quedaron mirando la lista de nombres. Luego, se miraron entre sí. Elvis contó rápidamente, y volvió a mirar a Alice.

—Cuarenta y seis. Les faltaban cuatro. Bueno, si han reunido cuarenta y seis hombres de la categoría que exigían, la cosa no va a resultar nada fácil de controlar, sea lo que sea.

—¿Crees que los han concentrado a todos en Ponza?

—No, no lo creo. Cuarenta y seis hombres como los de esta lista, aunque lleguen por separado y no se relacionen, son demasiado... vistosos, y Ponza en un lugar muy pequeño, con poca población. Deben tenerlos esperando en varios sitios, y los avisarán cuando llegue el momento de la acción, que supongo sería después de que Kobler y Delnier hubiesen hablado con Werthe y Effel en Ponza.

—Deberíamos examinar la lista, por si conocemos a alguno de estos hombres, en cuyo caso le visitaríamos... amistosamente. Y si no conocemos a ninguno podemos encargar que los busquen nuestros amigos mientras nosotros seguimos la pista en Ponza. ¿Crees que Kobler habrá llamado a Ponza para avisar que llegarían pasado mañana?

—No tengo ni idea. Aunque si sacó ya los pasajes cabe pensar que sí avisó. Sería lo lógico. Pero ellos no llegarán, claro está.

—Sin embargo, podría llegar Simonetta.

—Olvídalo.

—Me has dicho que ellos no la conocen.

—Te digo que lo olvides. Es demasiado peligroso.

—Yo soy rubia, como Simonetta —sonrió Alice—. ¡Claro que también podría ser morena, pelirroja...!

—Simonetta bien pudo mentirme, aunque solo fuese en eso. De modo que quizá sí conocían Werthe y Effel a Simonetta.

—Sí, eso es cierto —admitió Alice—. Pero algo tenemos que hacer para localizar a Werthe y Effel, ¿no? Y no vamos a llegar a Ponza preguntando por ellos en todas partes.

—No me gusta que suplantes a nadie —gruñó Elvis—. Ya lo hemos hecho muchas veces, y cualquier día saldrá mal. Ya encontraremos algún modo de localizar en Ponza a Effel y Werthe.

—De acuerdo —Alice se colgó del cuello de Elvis—. Tenemos día y medio por delante para encontrar el modo de hacerlo. Algo se nos ocurrirá, como siempre. Mientras tanto...

Alice besó en la boca a Elvis. Este rodeó con sus brazos el torso de la espléndida rubia, y correspondió profundamente al cálido beso, hasta que Alice tuvo que apartarse, y jadeó:

—Cualquier día me asfixiarás.

—Más vale morir así que de un balazo en la nuca.

—Yo creo que lo mejor sería no morir... nunca.

—¿Nunca... nunca? ¡Acabaríamos por aburrirnos de la vida!

—¿Tú crees? —rió ella.

Se apartó de él, y comenzó a desnudarse. Cuando terminó, Elvis movió la cabeza, sonriendo.

—Bueno, bien mirado... uno puede encontrar siempre algo para aliviar el aburrimiento en esta vida.

Ella se acercó de nuevo a él, tomó sus manos, y las puso sobre sus magníficos senos turgentes, plenos, altos.

—No deberíamos amarnos tanto... —susurró—. En nuestra clase de vida eso es peligroso. Lo malo es... que los dos amamos el peligro.

Y besó de nuevo la boca de Elvis North...

CAPÍTULO III

EL blanco y rojo «vaporetto» de la modestísima línea marítima Gaetamare quedó finalmente anclado junto al pequeño embarcadero de Ponza, y la pasarela fue colocada. Los sesenta kilómetros, o más propiamente, las cuarenta y tantas millas marinas, habían sido cubiertas desde Gaeta sin novedad, bajo el tibio y resplandeciente sol de la mañana.

Desde la embarcación, la rubia pasajera solitaria había estado mirando el mar a lo lejos, sonriente. Su sonrisa se había ampliado mientras observaba unas cuantas gaviotas. Ahora, miraba hacia las casa de la isla en la pequeña localidad de Ponza, de un sorprendente y delicioso colorido blanco, amarillo y rosa. Parecían formar parte de un infantil e ingenuo cromó, dibujadas de modo que se iban escalonando en la falda del montículo.

A la derecha de la localidad de Ponza estaba Santa María, y hacia el interior, Le Conti, ambas formando prácticamente parte de Ponza. La otra única y todavía más pequeña localidad. Le Forna, estaba al otro lado de la alargada isla, y más al Norte.

Una encantadora isla con enormes posibilidades turísticas todavía no bien comprendidas, aunque en el embarcadero se veían varios yates y numerosas lanchas. Y pesqueros.

Como solía hacer cuando visitaba un lugar desconocido. Alice Westmoreland había recabado información sobre la isla de Ponza, de modo que no llegaba a ciegas. Lo que más le gustaba, en definitiva, era el hermoso azul del mar, y el hecho de que hubiese en la isla y sobre todo en Zannone, tantas especies de aves, desde la grulla negra al ruiseñor africano... Aquel podía ser un lugar idílico,

como pocos quedaban ya en el mundo. O quizá existían dos mundos: uno, el que representaba en aquel momento Ponza; el otro, el que representaban en aquellos mismos momentos Irak e Irán, enzarzados en una guerra tan cruel y estúpida, por no decir criminal, como todas las guerras. Tomar el sol en Ponza, o pescar meros, cangrejos o pulpos, o pasear por sus selváticos montes plácidamente mientras en otro lugar del planeta los seres humanos se mataban, casi tenía que causar remordimiento de conciencia.

Mientras, a punto de desembarcar, Alice pensaba todo esto, en el embarcadero dos hombres la estaban mirando con contenida expectación.

—Lleva una revista en la mano —dijo uno de ellos.

—Pero no sabemos si es francesa. Además, no veo a Kobler ni a Delnier con ella. Puede ser una casualidad, Jakob.

—Sí, puede serlo. Yo tampoco veo a Delnier ni a Kobler.

—Ya los veremos.

Pero Jakob Effel y Ludwig Werthe no vieron en ningún momento a Kobler y Delnier, ni siquiera cuando ya todos los escasos pasajeros del «vaporetto» hubieron desembarcado. En cambio, allí estaba la muchacha rubia, con la maleta junto a los pies y la revista en la mano izquierda.

Werthe y Effel cambiaron una mirada, asintieron, y se acercaron a la muchacha rubia. Con un solo vistazo, ambos comprobaron que la revista era francesa, Y acto seguido se dieron cuenta de que ella les estaba mirando con curiosidad, o quizá con cierta expectante desconfianza,

—Tiene que ser la chica de Kobler —murmuró Werthe.

Alice Westmoreland le vio hablar, en alemán. Le «vio», es decir, que por el movimiento de sus labios supo lo que Werthe acababa de decir. A partir de ese momento, Alice debía haber seguido el plan convenido con Elvis North, es decir, desentenderse del asunto. La idea había sido dejarse ver con la apariencia de Simonetta y, en cuanto alguien le preguntara si era Simonetta decir que no, y alejarse en busca de un hotel o casa de huéspedes. El resto correría a cargo de Elvis, que ya no perdería de vista a la persona o personas que, con suerte, hubiesen interpelado a Alice preguntándole si era Simonetta.

Este había sido el plan convenido.

Pero...

Alice vio acercarse a los dos hombres, caminando decididamente hacia ella. Debían tener poco más de treinta años, eran altos, apuestos, de aspecto agradable, facciones inteligentes... Cuando se plantaron ante ella sonriendo cortésmente, ella también sonrió.

—Perdone... —murmuró Werthe—. ¿Es usted Simonetta Vanini?

Alice sabía que, como otras veces, Elvis pillaría un tremendo cabreo contra ella, pero dijo:

—Sí. ¿Es usted el señor Effel?

—No. Yo soy Werthe. Él es Effel.

—Ah. Bueno, encantada

—¿Ha venido usted sola?

—Sí, sí.

—¿Qué ha pasado con Kobler, y con Delnier?

—Se quedaron en Nápoles. Dijeron que ya teníamos suficiente personal, pero a última hora me dijeron que tenían algo que hacer en Nápoles, y decidieron que yo me adelantase, pues cuanto antes desalojase Nápoles sería mejor, después de haber estado contratando... a esa clase de personas.

—Sí, entiendo —murmuró Werthe—. Lo que no entiendo es lo que tenían que hacer ellos todavía en Nápoles. ¿No se lo dijeron?

—No.

Rascándose la barbilla, Jakob Effel murmuró, mirando a su compañero:

—Es posible que Scholz haya llegado ya a Nápoles, y que los llamase a ellos para concretar...

—¡Ah, sí! —exclamó Alice—. ¡Ahora que recuerdo mencionaron ese nombre! Sí, Scholz, estoy segura. Lo oí mencionar, pero no lo que decían de él.

—Estupendo —sonrió Effel—. Todo va bien. Bueno, señorita Vanini, tenemos...

—Simonetta —sonrió Alice—. Por favor, solo Simonetta. Eso aparte de que no es necesario que hablemos en italiano. Podemos hablar en alemán, si lo desean.

—Mejor que no, de momento, pero podremos explayarnos a gusto en la lancha. La tenemos muy cerca de aquí. Permítame llevarle su maleta.

—Muchas gracias.

Effel cargó con la maleta de Alice, y se encaminaron los tres hacia donde el alemán había señalado. Mientras caminaban hacia el grupo de lanchas amarradas, Alice Westmoreland lo veía todo clarísimo: abordarían la lancha, partirían, y en cuanto estuviesen fuera de la vista del embarcadero, ella sacaría su pistolita que llevaba escondida sabiamente, los controlaría, y detendría la lancha. Poco después, cuando Elvis los alcanzase con la suya, ella ya habría dominado la situación.

Y por sorpresa, lo que evitaría riesgos inútiles a Elvis.

Tuvo que hacer un esfuerzo para contener una sonrisa cuando, ya cerca de las lanchas, vio a Elvis North en una de ellas, simulando estar ocupado con algo, pero mirándola con hosca expresión; muy justificada, pues ella no había cumplido lo pactado en Nápoles.

—Ahí está... —señaló Werthe—. ¿Cómo ha ido el viaje desde Gaeta?

—Oh, muy bien. Me gusta mucho navegar... ¡Nunca me mareo!

—Es usted afortunada... —sonrió Effel—. Y Kobler también. Bueno, quiero decir si entendí bien lo que él nos dijo sobre ustedes dos.

—Seguramente lo entendió bien —rio Simonetta.

Saltaron a la lancha, y Werthe se dirigió a los mandos. El amable Effel tomó a Alice por un brazo.

—Será mejor que pasemos adentro nosotros dos. Estaremos más cómodos.

—¿Vamos muy lejos?

—No, no.

Entraron en la cabina en el momento en que Werthe ponía en marcha el motor. Jakob Effel dejó batir tras él las pequeñas puertas, dejó la maleta en el piso, y, sin transición, disparó su puño derecho contra el vientre de Alice Westmoreland.

Fue un trallazo tremendo, brutal, espantoso. Simonetta dejó caer la revista, y se dobló hacia adelante, desencajando el rostro. Habría caído hecha un ovillo a los pies de Effel si este no la hubiera retenido con el mismo puño que había utilizado para golpearla. Y con ese mismo puño la empujó, derribándola sobre una litera desplegada, y sacando acto seguido una pistola de la axila izquierda.

Tendida de lado en la litera, Alice lo veía como entre oscuras

brumas. El golpe había sido tan inesperado que no había tenido tiempo ni siquiera de pensar en tensar los músculos abdominales, lo que habría amortiguado no poco el golpe. El dolor era espantoso. Talmente como si la estuvieran partiendo por la mitad. Apenas podía respirar.

Un tremendo bofetón, aplicado por Effel con la mano izquierda, la hizo rebotar en la litera, y casi caer al piso... pero un rodillazo de Effel en un costado evitó esta caída, regresándola a la litera.

—Y escuche esto —sonó seca y dura la voz del alemán—: Suponiendo que esté en condiciones de moverse, será mejor que no lo haga, o le meteré una bala en donde yo sé.

La recomendación era innecesaria. Alice Westmoreland había recibido muchos golpes en su vida, pero posiblemente ninguno como aquel, tan de sorpresa, tan feroz. Y, en definitiva, ella era solo un ser humano, una mujer. Una mujer que notó en su cuerpo la mano de Jakob Effel. Y en sus piernas. La pistolita que llevaba adherida al muslo izquierdo fue arrancada violentamente.

—Muy bien, chica lista. ¿Qué te parece si conversamos?

Alice estiró los párpados y los músculos faciales. La imagen de Effel se aclaró un poco, otro poco... El motor de la lancha rugía fuertemente. A Alice le parecía que la pequeña cabina-vivienda de la lancha era una gruta oscura. Pero su resistencia era mucha, y no tardó en reponerse lo suficiente para que todo cobrase sus verdaderas perspectivas.

Jakob Effel, sentado ahora en el borde de la otra litera, la contemplaba entre irónico y preocupado, sin dejar de apuntarla con su pistola.

—¿Te sientes mejor, Simonetta? ¿O no eres Simonetta? Porque si lo eres me pareces bastante idiota. ¿Y sabes por qué? Porque el tal Scholz no existe, así que nunca pudiste oír a Kobler y Delnier mencionarlo. Fue una idea que me inspiró una cierta desconfianza, que nunca está de más. Así que, o no eres Simonetta, o eres idiota, ¿Cuál de las dos cosas?

—Creo... creo que soy... idiota... —jadeó Alice.

—¡Ah! Mala cosa, entonces. Porque si fueses otra persona todo podría tener quizá un arreglo, pero si eres idiota lo serás toda la vida. Muy bien, idiota: ¿por qué aceptaste la existencia de Scholz, si Kobler nunca habló de él?

—Me pareció... que ustedes no acababan de confiar en mí, y como... como quería que confiaran y que... se convencieran de que soy amiga de Kobler... dije... lo de Scholz...

—Ah. Pero dime otra cosa, idiota: puesto que Scholz no existe en nuestro grupo y por tanto Kobler y Delnier no podían hablar con él... ¿Por qué se han quedado en Nápoles?

—No lo sé...

—Estás mintiendo en verdad de un modo idiota. Kobler no es ningún idiota, ¿sabes? Así que no creo que él te enviase sola aquí. ¿Por qué habría de hacerlo, si nosotros ni siquiera te conocíamos, y él está muy bien contigo? Si hubiera tenido que quedarse en Nápoles te habría retenido con él... y nos habría avisado por teléfono. Eso es lo que habría hecho Kobler. ¿Por qué no lo ha hecho?

—No lo sé...

—Escucha, idiota, tienes una linda carita, y un hermoso cuerpo. En circunstancias normales, te pediría que hiciéramos el amor, y hasta sería capaz de violarte. Pero ahora no estoy para tonterías, porque sé que ha ocurrido algo imprevisto en Nápoles. ¿Qué ha ocurrido, qué ha pasado exactamente con Kobler y Delnier?

—Ellos se quedaron allí...

—¡Ludwig! —gritó Effel.

—¡Un momento! —oyeron a Werthe—. ¡Voy a trabar el volante y entro enseguida!

La lancha disminuyó la velocidad, el motor adquirió una cadencia más suave y monótona. Ludwig Werthe entró en la cabina, miró a Alice en la litera, y frunció el ceño.

—Estamos en mar abierto —explicó—, pero no puedo quedarme aquí mucho rato, Jakob. ¿Qué ha pasado? ¿Qué explicación ha dado a lo de Scholz?

—Es una idiota —masculló Effel—. Y además, se las está dando de heroína que se resiste a hablar. Ha contado una serie de estupideces, así que vamos a convencerla de que debe cambiar el cuento. ¿Te decides, idiota?

—Ya le he dicho que no sé lo que...

—Agarra esa cuerda y átale las manos y los pies —dijo Effel sin dejar terminar a Alice—. Y tú, si te mueves, date por muerta. Vamos, ponte boca abajo y coloca las manos sobre tu hermoso culo.

Alice Westmoreland se pasó la lengua por los labios, fija su mirada en Effel. Había salido de situaciones francamente peores, pero ahora no tenía por qué arriesgarse a recibir un balazo poco menos que inevitable, dada la actitud vigilante de Effel. Así que se colocó boca abajo, y no se movió mientras Werthe le ataba las manos a la espalda y acto seguido los tobillos.

—Muy bien —aprobó Effel—. Ahora te diré lo que vamos a hacer. O nos dices la verdad de lo ocurrido en Nápoles, o te vamos a suspender, así atada, por encima de la hélice de la lancha, y te iremos bajando hasta que te corte los pies, luego las piernas... ¿Comprendes?

—Ya he dicho varias veces que...

—Ludwig, carga con ella —volvió a interrumpirla fríamente Jakob Effel.

—Son ganas de fastidiar —gruñó Ludwig—. En cuanto la colguemos sobre la hélice comenzará a chillar como una loca que va a decir la verdad, ¿no quieres decirla ahora, Simonetta?

—¡Ya la he dicho!

—Carga con ella —insistió Effel.

Ludwig se cargó en un hombro a Alice, y salió de la cabina en pos de Effel, refunfuñando. La lancha seguía navegando, a media marcha, siempre hacia mar abierto, en una maravillosa soledad soleada y olorosa... Todo era muy suave, la lancha apenas oscilaba.

Sin embargo, de pronto, Effel efectuó un salto de lo más grotesco hacia su izquierda, girando y lanzando un alarido, mientras la pistola escapaba de su mano y caía al mar, precediéndole, pues al llegar a la borda, siempre girando, chocó con esta, la rebasó, y cayó al agua.

Por un instante, Werthe quedó tan desconcertado que no se movió. Solo acertó a mirar hacia la espuma que quedaba atrás de la lancha, esperando ver aparecer a Effel. Pero, de pronto, giró la cabeza hacia su derecha, y vio la otra lancha, que navegaba paralelamente a la suya, a la misma velocidad. Y junto a la borda de esa lancha, al hombre que le miraba fríamente, con un rifle en las manos.

En una fracción de segundo Werthe lo comprendió todo. La otra lancha había navegado tras él manteniéndose a distancia, pero, en cuanto él colocó el piloto automático, se había acercado. Y no la

habían oído debido al motor de su propia lancha. Y aquel sujeto que le miraba había matado a Jakob con el rifle...

Ludwig Werthe lanzó una exclamación de rabia, sacudió el hombro fuertemente hacia su derecha... y Alice Westmoreland fue catapultada hacia el mar, bajo cuyas aguas desapareció, mientras Werthe llevaba la mano derecha en busca de la pistola.

El balazo disparado por el rifle de Elvis North, desde menos de cuarenta metros, le acertó de lleno en la cabeza, que reventó espantosamente y pareció un sangriento proyectil que arrastrase el cuerpo hacia la borda del otro lado. Pero Werthe no llegó a caer al mar, sino que rebotó y cayó despatarrado en la cubierta, frente a los trabados mandos. Y la lancha continuó navegando a media marcha, alegremente, sobre el mar azul, bajo el cielo azul.

Elvis North había arrojado ya el rifle a un lado de la cubierta, destrabó frenéticamente el volante, y viró hacia donde había caído Alice, que en aquel momento aparecía en la superficie, moviendo enérgicamente las piernas atadas por los tobillos. Podía estar así, sosteniéndose a flote, durante un tiempo indeterminado... hasta que el cansancio la agotase.

Pero no llegó a fatigarse en absoluto. Elvis había parado el motor de la lancha, y se lanzó al agua cuando pasó cerca de Alice, a la que sujetó muy pronto, ahorrándole todo esfuerzo.

—¿Estás bien? —masculló.

—Si... ¡Pero qué fría está el agua!

—Pues te aguantas.

Se colocó boca arriba, y nadó hacia donde la lancha iba perdiendo rápidamente velocidad, llevando sobre su pecho a Alice, a la que sujetaba por la barbilla, suavemente. Alcanzaron la ya inmóvil lancha un par de minutos más tarde. Elvis se agarró entonces con una mano a la borda, se las arregló para colocarse sobre un hombro a Alice, y se aferró con la mano de este brazo a la borda, de modo que pudo ahora utilizar ambos brazos para efectuar una poderosa flexión, pese al sobrepeso que significaba Alice. Esta cayó rodando sobre la cubierta, y Elvis subió a esta inmediatamente, se puso a los mandos, y partió en pos de la lancha de Werthe y Effel... muertos ambos, y uno en el fondo del mar.

¿O todavía no habría llegado al fondo?

—¿No vas a desatarme? —pidió Alice.

Elvis ni siquiera contestó. Estaba realmente enfadado con la mujer que amaba. Enfadadísimo. Y ella lo comprendió, así que ya no dijo nada más.

La otra lancha fue alcanzada rápidamente, y solo entonces desató Elvis a Alice, la cual se puso a los mandos. Elvis saltó a la lancha de los dos alemanes, y paró el motor. Segundos después, Alice colocaba la lancha de Elvis al costado de la otra.

—¿Crees que hay algo interesante dentro? — gruñó Elvis.

—No lo creo. Mira a ver en el salpicadero.

En el salpicadero no había nada que pareciera interesante, así que Elvis optó por registrar las ropas de Werthe, no sin un gesto de disgusto, pues el aspecto del alemán era horrible, con la cabeza destrozada.

Alice que dedicaba más atención a la posible aproximación de alguna embarcación que a lo que hacía Elvis, le vio sin embargo, en determinado momento, guardándose algo en un bolsillo, pero no preguntó nada.

Terminado el registro del cadáver, Elvis entró, finalmente en la cabina vivienda de la lancha. Seguramente Alice tenía razón, no parecía que allí pudiera haber nada interesante. Era un espacio muy reducido, pero, como sucedía con aquel tipo de embarcaciones, muy bien aprovechado. Había un lavabo diminuto, una cocina a la vista, y las dos literas en un espacio que se utilizaba corrientemente como salita, si se alzaban las dos literas. Miró en los armarios de la cocina, pero desistió pronto de seguir buscando...

Alice le vio salir un par de minutos después de haber entrado. Elvis saltó a la lancha, y dijo:

—Vámonos.

Alice miró hacia la otra lancha, pero tampoco hizo comentario alguno al respecto. Solo dijo:

—Me pareció tan fácil...

—Será mejor que vayas adentro y te quites la ropa.

—Tú también estás mojado.

—Oh, me encanta darme un baño de cuando en cuando, no te preocupes.

Ella sonrió, y entró en la cabina de la lancha de Elvis. Se desnudó, se envolvió en una manta, y encendió un cigarrillo del paquete que encontró sobre el pequeño fogón. Cuando la lancha se

detuvo ya había terminado el cigarrillo. Oyó el chapoteo del anclote al ser lanzado al agua, y segundos más tarde Elvis entró en la cabina, y se sentó frente a ella.

—Todavía no sé qué es lo que haré yo en Ponza, pero lo seguro es que tú ya no puedes regresar allá sin que alguien te relacione más pronto o más tarde con esos dos sujetos.

—¿Se ha hundido la lancha con ellos?

—Claro. Le hice un buen boquete. Si los encuentran será dentro de bastante tiempo, espero. Esa parte está solucionada. Pero, si me permites seguir, repetiré que no puedes volver a Ponza sin que alguien llegue a relacionarte con Effel y Werthe en algún momento. En un lugar tan pequeño hay mucha gente que se entretiene observando a los demás. Sobre todo, si es una mujer como tú, así que te vieron con los dos alemanes, y no creo que olviden eso. Es más, se preguntarán cómo has podido regresar sola, y se preguntarán dónde están ellos y su lancha.

—Todo puede arreglarse —dijo serenamente Alice.

Elvis se quedó mirándola fijamente. De pronto se inclinó hacia delante, tomó los bordes de la manta, y separó esta. Se quedó mirando el hematoma que comenzaba a formarse en el vientre de Alice, la cual se apresuró a cubrirse de nuevo con la manta.

—Es solo un golpe —murmuró.

—Algunas personas habrían muerto, con un golpe así.

—Yo no. Y sé de algunas personas que se resfrían si no se quitan la ropa mojada. Y del resfriado puede sobrevenir cualquier cosa mala.

Elvis asintió, procedió a desnudarse, y se envolvió como pudo con otra manta de modo que le quedase un brazo fuera, con el que rodeó el cuerpo de Alice tras sentarse a su lado.

—¿De verdad estás bien? —susurró.

—Apostaría cualquier cosa —le miró ella sonriente— a que ya no estás enfadado.

—Debería estarlo —replicó él—, pero es una tontería.

Ella miró la boca de él, y él la de ella, luego, una boca acudió al encuentro de la otra.

* * *

Media hora más tarde, Alice preguntó:

—¿Qué te pusiste en el bolsillo cuando registraste a Werthe?

—La llave de la habitación número 4 del hotel Il Celo, que supongo que está en Ponza.

—¡Ah! ¡De modo que esos dos estaban alojados ella!

Elvis giró en la litera, y deslizó suavemente una mano por un seno de Alice.

—Supongo —masculló— que no aceptarías marcharte de Ponza y dejar que yo terminase lo que se tenga que hacer aquí.

—Si me marcho de Ponza, y luego encuentran a fallar a Werthe y Effel, me recordarán, en efecto, y es más que posible que los carabineros me busquen.

—Sabía que dirías eso. Bien, habrá que arreglar esto de una forma u otra.

—Ya he pensado algo al respecto.

—¡Qué sorpresa!

—La verdadera sorpresa —rio Alice— sería que tú lo hubieras pensado más o menos lo mismo que yo.

—¿Y es...?

CAPÍTULO IV

EL conserje del hotel Il Celo miró todavía maravillado a la rubia que esperaba ante él.

—Sí, en efecto, disponemos de una habitación, señorita.

—Menos mal —suspiró ella—. Así podré estar cerca de mis amigos. Me refiero a dos caballeros alemanes, llamados Ludwig Werthe y Jakob Effel. Supongo que los recuerda.

—Oh, sí. Ocupan una habitación doble: la cuatro.

—Sí, lo sé. Oh, qué tonta soy, casi me olvido. Precisamente, Ludwig me dio la llave de su habitación, para que la dejase aquí. Se la llevó distraído, pero como han tenido que ir a Nápoles a hacer unas gestiones me encargaron que se la entregase a usted.

—¿Se han ido? —se sorprendió el conserje.

—Sí, en la lancha. Pero estarán fuera solo dos o tres días. Cosas inesperadas de negocios... y me temo que la culpable soy yo. En cuanto les dije que había una pequeña complicación en la fábrica en Nápoles... Oh, bueno, cosas de trabajo. ¡Y yo he venido aquí a descansar, precisamente!

—Estará usted muy bien —sonrió el conserje—. Precisamente en noviembre se está muy tranquilo en la isla. Aunque cada vez vamos teniendo más turismo de invierno.

—Es una isla hermosa. Estoy segura de que pronto será tan famosa como Capri.

—¡Ojalá! Aunque no sé... —meditó el conserje—. Me parece que entonces ya no estaremos tan tranquilos.

—Pues vamos a aprovecharnos mientras podamos.

—Sí... ¡Es cierto! Oh, bien, debe estar usted cantada. Le subiré

la maleta a su habitación. La siete. Tiene vistas al mar.

—¡Lo contrario sería sorprendente! —rio la rubia, simpática, encantadora Simonetta Vanini.

—¡Es verdad! —rio también el conserje.

La acompañó al primer piso, donde estaban las habitaciones uno a diez. Solo había otro piso más, con las habitaciones once a veinte. Era un hotel agradable, de amplio pasillo adornado con plantas. La habitación, en efecto, tenía un gracioso balconcillo frente al mar. Había otros edificios entre el hotel y el mar, que descendían en sucesivos escalones en el monte.

—Es un paisaje precioso —se extasió Simonetta.

—Me alegra que le guste. Si necesita algo, por favor, avíseme inmediatamente.

—Muchas gracias —Simonetta abrió la maleta, y el conserje vio enseguida el gran fajo de billetes, del cual separó aquella uno de cinco mil liras, y se lo tendió—. Ha sido usted muy amable.

—Usted también, señorita Vanini. Oh, bueno, cuando le vaya bien recuerde que debo inscribirla. Su documentación...

—¡Cielos, es cierto! ¡Se la doy ahora mismo! Un momento, por favor.

Metió la mano en la bolsa de la tapa de la maleta. Quedó inmóvil un instante, como perpleja. Movié la mano por todo el bolsillo que ocupaba la totalidad de la tapa de la maleta.

—Santísima Madona...

—¿Ocurre algo?

Ella no contestó. Comenzó a sacar ropa de la maleta, y diversos objetos. Por fin, ya vacía la maleta, exclamó:

—¡Ha vuelto a pasar! ¡Me olvidé todos los documentos!

—Vaya...

—¡Qué contrariedad! Oh, pero se me ocurre una cosa... Seguramente. Ludwig o Jakob me llamarán mañana o pasado por teléfono. Les pediré entonces que pasen por mi apartamento a recogerla... Pero no tienen llave... ¡Ah, el portero les abrirá, los conoce bien, sabe que son amigos míos! Además, en cuanto pueda llamaré a Mario... ¡Eso es! ¿Le parece a usted bien, señor... señor...?

—Paolo. Bueno, no es un gran problema, después de todo.

—Muchísimas gracias, Paolo.

—Ojalá todos los problemas fuesen como este. ¿Desea que llame al portero de su casa?

—Se lo voy a agradecer mucho. Le voy a anotar el teléfono de Nápoles... ¡Cielos, lo he olvidado todo, ni siquiera tengo bolígrafo...!

—Tampoco eso es problema —rio Paolo, ofreciéndole el suyo.

Atice Westmoreland, es decir, Simonetta Vanini en Ponza, anotó un número de teléfono de Nápoles en una hoja de papel con membrete del hotel, y el conserje se retiró, sonriendo en todo momento. Simonetta también sonrió, ya a solas.

«De todos modos —pensó—, una situación así no podrá prolongarse demasiado. Dos o tres días como máximo.».

El teléfono sonó apenas diez minutos más tarde.

—¿Sí? Ah, Paolo, si, muchas gracias, póngame... ¿Mario? Soy Simonetta Vanini, le llamo desde Ponza. ¿Me oye usted bien?

—...

—Estupendo. Escuche, Mario, uno de mis amigos alemanes irá a recoger algunas cosas a mi apartamento. ¿Será tan amable de abrirle la puerta?

—¿...?

—Oh, bueno no sé, los dos se han marchado de Ponza, así que no sé cuál pasará por ahí. Da lo mismo si es el señor Werthe que el señor Effel... Sí. Werthe o Effel, bueno ya los conoce, los recordará en cuanto les vea. Gracias, Mario.

—...

—¿Un recado para mí? Vaya, pues tuvo que llegar apenas salí de Nápoles esta mañana. ¿Quiere leérmelo, por favor?

—...

—Uno de los clientes que yo estaba buscando ha sido localizado... Bien, gracias. Mario. Normalmente habría tenido que regresar a toda prisa, pero puesto que van los señores Werthe y Effel ellos se encargarán del asunto. Adiós... Le enviaré una postal, y estoy segura de que la recibirá mañana mismo. Adiós, Mario.

Colgó, sonriendo al pensar que quizá Paolo había escuchado la conversación. Pero no podría escuchar la que iba a sostener con Elvis por medio de la radio de bolsillo, que llevaba camuflada en un paquete de cigarrillos.

—¿Elvis?

—Hola. Dime.

—Todo ha ido bien. He llamado a nuestro contacto de la W.W.W. en Nápoles, por teléfono, y me ha comprendido enseguida, simulando ser un tal Mario, el portero del edificio. Bien, de momento me quedo en el hotel. Pero hay novedades: nuestros compañeros han encontrado a uno de los sujetos de la lista que encontramos en la billettera de Kobler.

—¿Sabes cuál de ellos?

—No lo he preguntado. Posiblemente estaban escuchando la conversación en la conserjería del hotel. Le he dicho a nuestro contacto que le enviaré una postal, y que la recibirá mañana mismo.

—Lo que significa que él está esperando instrucciones concretas nuestras. Está bien, me ocupo yo de eso, de un modo u otro. Tú sigue con tu parte... ¡Y no compliques las cosas!

—Seré buena niña —rio quedamente Alice Westmoreland.

—Eso espero —gruñó Elvis North.

—*Ciao*, amor.

—*Ciao*.

Simonetta Vanini cerró el contacto, y guardó el paquete de cigarrillos en la maleta. Luego, se quedó mirando el maletín de viaje, forrado de raso negro, pero acabó por mover negativamente la cabeza. La maleta era mejor.

Era casi la una cuando salió del hotel, ataviada con unos pantalones blancos y un bonito jersey azul que hacía juego con sus ojos y contrastaba con sus rubios cabellos. Poco después, en una *trattoria* de la playa almorzaba a base de pescados fresquísimos, mientras contemplaba el mar y el movimiento de barcas, yates y lanchas. Hacía un día espléndido, por ser noviembre.

¿Podían estar en alguno de aquellos yates los siguientes personajes del juego? No había muchos, desde luego, pero sí eran variados. Aparte de tres o cuatro de bandera italiana, había dos franceses, un español, dos británicos, un alemán... Un alemán. Bueno, el hecho de contratar personal alemán no significaba forzosamente que la dirección del asunto estuviese en manos de otro alemán.

El juramento. ¿Qué debía ser eso del juramento, qué clase de juramento? ¿Y... realmente tenía algo que ver un juramento con aquel asunto?

Hacia las dos y media de la tarde estaba de regreso al hotel, en cuyo vestíbulo no había nadie, ni siquiera el servicial Paolo. Recogió ella misma la llave, y subió al primer piso. Entró en su habitación, y se quedó mirando la llave. ¿Serviría para abrir también la puerta de la habitación cuatro? Prefirió no perder el tiempo, así que se proveyó de su juego de ganzúas oculto en el doble fondo del maletín de viaje. Salió al pasillo. Silencio y soledad.

Invirtió apenas cinco segundos en abrir la puerta de la habitación de Werthe y Effel. Cerró cuidadosamente tras ella, y echó un vistazo alrededor. Ciertamente, era absurdo esperar encontrar algo importante en una habitación de hotel, pero nunca se sabe.

Examinó el contenido del armario. Lo único que sacó en claro fue que Effel y Werthe habían comprado aquellas ropas en Dusseldorf, según rezaba la etiqueta de cierta sastrería. En cambio, los zapatos eran italianos, de excelente calidad. Y eso era todo.

Decepcionada, regresó a su habitación, dispuesta a dormir la siesta. No tenía nada mejor que hacer hasta que alguien se interesara por Werthe y Effel.

Hacia las cinco y media, cuando estaba frente al balconcillo mirando el mar y fumando, sonó el teléfono. Acudió a atender la llamada.

—¿Sí?

—Ah, es usted, Paolo. Dígame.

—Si... sí, entiendo. Dígale a ese caballero que bajo ahora mismo. Gracias, Paolo.

Colgó. Muy bien, algo tenía que ocurrir, y había ocurrido. Recurrió de nuevo a la radio de bolsillo camuflada en el paquete de cigarrillos.

—Dime —sonó la voz de Elvis.

—Contacto.

—¿Ya?

—Claro. Werthe y Effel esperaban a Kobler y Delnier, y es evidente que alguien esperaba que luego Werthe y Effel le informase de lo que Kobler y Delnier hubiesen hecho y acordado en Nápoles. La persona en cuestión debía saber que Kobler y Delnier llegaban a Ponza esta mañana, y al no recibir noticias de Werthe y Effel en ese sentido, han llamado a Werthe aquí, al hotel. El

conserje le ha dicho que los señores Effel y Werthe habían tenido que salir inesperadamente hacia Nápoles, pero que había en el hotel una amiga de ellos. Así que un caballero quería subir a hablar conmigo. Pero he preferido encontrarme con él en el vestíbulo, para que lo veas conmigo.

—Dame cinco minutos.

—De acuerdo.

—¿Ha dado su nombre ese caballero?

—No.

—Está bien. Cinco minutos.

—Sí, sí.

Alice Westmoreland cerró el contacto, guardó la radio, y esperó seis minutos, tiempo que invirtió en ponerse lentamente un elegante vestido de tarde.

Cuando apareció en el vestíbulo miró a Paolo que le señaló con la barbilla hacia la mesita con algunos periódicos y revistas rodeada de sillones. En uno de estos había un hombre, que la estaba mirando fijamente, y que se puso en pie lentamente cuando ella se dirigió allí.

Con toda seguridad, era alemán, se dijo Alice. Alto, recio de sólida cabeza, cabellos entrecanos, muy bien vestido aunque en plan un tanto informal, vacacional. Sus cabellos eran cortos y muy tiesos. Teutónico cien por ciento. Llevaba lentes de gruesos cristales, que empequeñecían sus ojos, grises y penetrantes. Debía tener alrededor de cincuenta y cinco años, y se conservaba muy fuerte. El sol, incluso en noviembre, había dejado su huella en la blanca piel, que ahora se veía rojiza. Debía llevar varios días en Ponza, seguramente.

—¿Señorita Vanini? —murmuró el hombre.

—Sí, en efecto —sonrió ella—. Y usted, claro, es el caballero que busca a Ludwig y Jakob.

—Sí... Me ha dicho el conserje que ellos se han marchado en la lancha a Nápoles.

—Así es. Tenían algo que resolver allá con otros dos amigos, que sin duda conoce usted: Kobler y Delnier.

—No... No conozco a esos dos señores. ¿No le dieron Werthe o Effel algún recado para mí?

—Ni siquiera sé quién es usted, señor —sonrió Simonetta.

—Oh, perdone... Soy Thomas Scheuner.

—Habla usted el italiano bastante bien, señor Scheuner, pero no vale la pena que nos esforcemos los dos. Yo también soy alemana.

—¿Alemana? El conserje me ha dicho...

—Ya sé: Simonetta Vanini. Pero no es cierto Mi verdadero nombre es Ingeborg Katzenberger.

—Ah, bien... Bueno, señorita Katzenberger, si tiene algún recado para mí...

—La verdad es que no. ¿Nos sentamos?

Se sentó ella, y Thomas Scheuner lo hizo acto seguido, sin dejar de mirarla.

—No sé si se hace usted cargo de mi desconcierto, señorita Katzenberger.

—La verdad es que no mucho. Quizá sea porque yo también estoy un poco desconcertada. Estuve haciendo mi trabajo en Nápoles, y cuando ya lo había terminado y parecía que todo estaba bien. Kobler me dijo que viniera yo sola a Ponza, y que él y Delnier vendrían más adelante, que se lo dijera así a Werthe y Effel. Así lo hice, y en el acto, ellos decidieron ir a Nápoles. Tan precipitadamente que me dejaron fuera del pueblo con mi maleta, lo que me pareció bastante desconsiderado. Tuve que venir cargada con la maleta hasta el hotel. Bueno, se me ocurrió que ellos ya no querían ser vistos en el embarcadero, aunque no comprendo por qué.

—No entiendo nada de todo esto.

—Pues si no lo entiende usted...

—¿Ocurrió algo malo en Nápoles?

—Que yo sepa, no. Contratamos el personal necesario sin percances de ninguna clase.

—¡Ah! ¿Eso está hecho?

—Sí. ¿No lo sabía?

—Bueno, eran Werthe y Effel quienes tenían que hacer todos los contactos con gente a la que habían encargado de la contratación. Yo no conocía a esas otras personas.

—Pues ya sabe ahora que somos yo, Kobler y Delnier. Conseguimos los cincuenta hombres... algunos de ellos verdaderamente especiales.

—Sí... Bien... Muy bien.

—No parece usted satisfecho, la verdad.

—No, no, todo está bien. Lo que no comprendo es que Effel y Werthe se marcharan sin decirme nada a mí.

—Lo siento mucho, pero no me dieron ninguna explicación tampoco a mí. Me pareció que les preocupaba el hecho de que Kobler y Delnier me hubiesen enviado a mí sola, con la revista francesa para darme a conocer, pero no sé nada más... excepto que les entró una prisa enorme por ir a Nápoles. ¿De verdad que no sabe usted por qué han hecho eso?

—No tengo la menor idea.

—Pues estamos igual... —sonrió Simonetta Vanini, ahora Ingeborg Katzenberger—. Bueno, supongo que es usted el jefe de Werthe y Effel. Se lo digo porque no quisiera haber hablado de más con alguien poco cualificado para escucharme. ¿Lo es usted?

—Sí... Bueno, sí. Sí.

—¿Sí? —entornó los párpados Simonetta.

—Sí, sí. Bien, al parecer todo lo que podemos hacer es esperar noticias de Nápoles.

—Si lo desea puedo llamar por teléfono a Kobler allá, aunque por lo que entendí ya no estarían donde hemos permanecido durante la contratación. Es curioso... Esto mismo les dije a Werthe y Effel y fue precisamente cuando decidieron ir a Nápoles inmediatamente. ¿Cree que puede tener algún significado?

—No lo sé.

—¿Quiere que intente la llamada?

—No, no. Esperaremos. Aunque no podemos... perder mucho tiempo, desde luego. Por lo que me ha dicho el conserje, Werthe y Effel esperan estar dos o tres días en Nápoles. ¿Eso fue lo que le dijeron a usted?

—Bueno, no exactamente, aunque se lo dijera así al conserje, para evitar más explicaciones. Lo que me dijo Effel exactamente fue que no me preocupara aunque tardasen dos o tres días en regresar.

—Ya. Dos o tres días... Bien... De acuerdo.

—¿Está usted en un yate, señor Scheuner?

—No, no.

—Ah. Es que vi antes un yate con pabellón alemán.

—No es mío... No.

—Si me dice dónde está usted le avisaré en cuanto tenga

noticias de Werthe o Effel. O de Kobler.

—No es necesario. Ya iré llamando yo aquí...

Alice desvió la mirada hacia la puerta, al captar movimiento allí. Acababa de entrar una joven y hermosa pareja. Ella llevaba un bebé en brazos. Era una chica preciosa, de cabellos rojizos y piel de una blancura tal que el sol se había cebado en ella. No debía tener más de veintidós o veintitrés años. Junto a ella, un atlético mocetón dos o tres años mayor, de rostro vivo, inteligente, noble. Los dos vestían como Thomas Scheuner, en plan informal, alegre, vacacional.

—Papá —dijo el mocetón—, tenemos que volver a la casa. A este diablillo se le ha ocurrido hacer sus cosas ahora. Se ha ensuciado.

—Sí... Está bien, no os preocupéis por mí. Daré el paseo solo, no importa.

—Caramba —sonrió de pronto el joven—, ¡te veo muy bien acompañado!

—Sí... Bueno, la... la señorita es una conocida de Dusseldorf... Una casualidad.

—Hola —sonrió Alice—. Soy Ingeborg Katzenberger. ¿Qué tal?

—Bien —rio el apuesto joven—. Yo soy Wilfried, y ella es Kitty, mi mujer. Este pequeño cochino se llama Albert.

Thomas Scheuner se había puesto en pie, y Alice lo hizo entonces, tendiendo la mano a Wilfried y a Kitty. Luego miró al bebé, y le hundió un dedo en la barbilla.

—De modo que ensuciándose encima, jovencito... ¡Esas cosas no se hacen! ¡Pero si está riendo...!

—Es muy sociable —rio Wilfried—. Se le pueden perdonar las cochinadas solo por eso.

—Además, solo tiene ocho meses —dijo Kitty, también riendo—, lo que también le sirve de disculpa.

—Sin duda alguna —rio Alice—. ¡Es un niño precioso!

—Está un poco resfriado. Precisamente por eso, en cuanto papá dijo que él y el abuelo se venían aquí nos unimos a ellos. Seguro que en este clima se pone bien enseguida. A decir verdad, ya lo está. ¡Pero nos tenía preocupados...!

—Lo comprendo. ¡Vaya, yo diría que tiene muy buen aspecto! ¡Y tiene cara de listo, como el padre!

—Bien... —carraspeó Thomas Scheuner—, Bueno, no os

entretengáis más, Wilfried, si tenéis que cambiar la ropa de Albert...

—Sí, es cierto. Bueno, puesto que te acompañará la señorita Katzenberger ya no estarás solo. Hasta luego. Papá, ¿por qué no invitas a la señorita Katzenberger a tomar un trago en casa, después del paseo?

—Bueno, no sé...

Alice dirigió una divertida mirada de soslayo a Thomas Scheuner, que estaba pasando unos momentos de verdadero y cómico apuro. En cuanto a ella, simplemente, estaba desconcertada como pocas veces en su vida aventurera. ¿Aquél era el hombre que había preparado una operación con cincuenta hombres peligrosos? ¿Un hombre que se iba a una isla a tomar el sol con su padre, su hijo, su nuera y su nieto de ocho meses? Resultaba divertido... e increíble.

—¿No sabes? —se había sorprendido Wilfried—. Hombre, papá, encuentras casualmente a una amiga alemana, que además es tan simpática, ¿y no sabes si tienes que invitarla?

—Bu... bueno, quiero decir... que quizá ella tenga... otros planes...

—Claro que no —sonrió Alice—. Estaré encantada de aceptar su invitación, señor Scheuner.

—Ah. Bien... Bueno, estupendo, sí.

—La verdad es que no pareces muy entusiasmado —le miró con perplejidad Wilfried—, Me sorprende en ti.

—Wilfried —dijo Kitty—, tenemos que irnos. Esto se está poniendo mal... ¿No hueles?

Se echaron a reír los dos. Thomas Scheuner no parecía saber sobre qué pie quedarse. Era divertido y pasmoso. Una situación como pocas en la vida de Alice Westmoreland.

—Su padre y yo estábamos hablando de cosas sin importancia —dijo—, de modo que pueden esperar. Y el paseo también. La verdad es que... me gustaría ver eso.

—¿El qué? —preguntó Kitty.

—Pues eso: cómo se cambia y se lava un bebé. ¡Será una experiencia nueva para mí!

—¿De veras? —exclamó Kitty—. ¡Pues venga con nosotros, y verá lo divertido que resulta!

—¿Por qué no? —apoyó Wilfried—. ¡Tenemos tiempo de sobra

para dar paseos! ¿Te vuelves con nosotros, papá?

—Pues... Sí, sí, claro. Verdaderamente, tenemos mucho tiempo para pasear...

CAPÍTULO V

LA casa donde estaban alojados los Scheuner era sencillamente encantadora. Estaba ubicada En una callecita empedrada y retorcida, y protegida por un muro blanquísimo en el que estaba la pequeña puerta de madera. Abierta esta, se veía la casa, al fondo, entre flores, naranjos y olivos.

—Es más grande de lo que parece —dijo Kitty—, así que han podido venir algunos invitados del abuelo. Y el jardín, aunque no es demasiado grande, permite una cierta independencia a todos... ¡A mí me encantan los naranjos!

—Y a mí —asintió Alice—. Estoy pensando que quizá mi presencia resulte inoportuna, Kitty, si su abuelo tiene invitados...

—¡Oh, no se preocupe por ellos! Son todos unos vejestorios como él, y casi siempre están encerrados en el salón, charlando de sus cosas. No hay problema. Además, son todos muy simpáticos, empezando por el abuelo Hermann. ¿No es cierto, papá?

—Sí... —murmuró Thomas Scheuner—. Son todos muy simpáticos.

—A lo mejor tenemos oportunidad de presentárselos... —dijo Wilfried—. ¡Lo que me río con ellos! Han venido en un yate, dispuestos a pasarlo bien, de veras.

—Ah, quizá sea el yate con pabellón alemán que vi antes frente al embarcadero.

—Seguramente es ese —asintió Wilfried—. ¡Y espere, que todavía han de llegar más vejestorios! Si no fuese por su edad creería que están tramando alguna orgía...

—Ya está bien, Wilfried —murmuró Thomas Scheuner.

—Hombre, papá, es una broma —rio Wilfried—. Pero está bien, no critiquemos más a los venerables ancianos. Vamos a preparar algo para beber mientras Kitty y la señorita Katzenberger cambian a Albert.

—Creo que simplificaríamos mucho el trato si me llamasen simplemente Inge —rio Alice.

—De acuerdo. Y ahora que pienso; no vamos a tener más remedio que presentarle al abuelo y sus amigos, ya que si queremos tomar un trago hemos de entrar al salón.

—Yo sacaré las bebidas —dijo rápidamente Thomas Scheuner.

—No tienes por qué molestarte —le miró sorprendido su hijo—. Y además, privarías al abuelo del placer de echarle un vistazo a Inge. ¡A Kitty ya la tiene muy vista!

—No puedo esperar más —dijo Kitty—. ¿Viene, Inge?

La siguiente media hora fue toda una vivencia inédita para Alice Westmoreland: bajo la atenta y amable vigilancia de Kitty, se ocupó personalmente de bañar al pequeño Albert, secarlo, untarle el culito de pomada, ponerle unos pañales limpios...y todo ello sin dejar de reír y bromear con el simpático bebé, cuyos grandes ojos parecían verlo todo y encontrarlo todo divertido...

—Seguramente iremos pronto a por la niña —dijo Kitty—. Es agradable tener al menos un par de hijos, aunque conocemos a muchas parejas que se resisten a tener hijos, aunque solo sea uno. ¿No le gustaría a usted tener un bebé, Inge?

—Pues no sé qué decirle... Es que temo que la maldición de la bruja negra se cumpla.

—¿Qué maldición? —la miró Kitty, muy abiertos los ojos.

—Bueno, realmente no puede considerarse una maldición, claro, pero en cierta ocasión una bruja me dijo que tendría cuatro hijos en mi primer parto. ¡Como comprenderá, después de oír eso se me enfriaron un poco los ánimos!

—¡Cielos! —rio Kitty—. ¡Cuatro hijos en un parto!

Estaban todavía riendo las dos cuando apareció Wilfried en el dormitorio.

—Bueno, ¿bajáis o no?

—¡Hemos tenido que bañar a «cuatro» niños! —rio Kitty.

—¡Cómo a cuatro! —exclamó Wilfried.

—Ya te lo explicaré. ¿Podremos entrar en la sala?

—Claro que sí. Venga, vamos... Dame a mí a este granuja. ¡Hey! —lo alzó en brazos—. ¡Cuidado con volver a las andadas, pequeño cochino!

Alice Westmoreland. Simonetta Vanini, Ingeborg Katzenberger, se estaba preguntando dónde se había metido. En todo aquello debía haber una equivocación, por supuesto. Algo no estaba funcionando con un mínimo de lógica en aquel asunto. Había pasado de matar hombres a bañar niños. No tenía sentido. Si, algo debía estar desquiciado en la investigación que ella y Elvis tenían en marcha.

Y sin embargo, apenas entró en el salón de la casa y vio a los ancianos sentados en varios sillones, tuvo el presentimiento de que se hallaba camino de una de las más inquietantes sorpresas de su aventurera vida.

—Bueno, abuelo —estaba diciendo el desenvuelto y simpático Wilfried—, aquí tienes por fin a la señorita Katzenberger... Inge, le presento a mi abuelo, el gran Hermann Scheuner.

Con la sonrisa estereotipada en los labios. Alice miraba al hombre que se acercaba a ella, cojeando visiblemente de la pierna derecha. Pero no era esto lo impresionante, ciertamente, sino todo el hombre, especialmente los ojos, parecidos a los de su hijo, diminutos tras los gruesos cristales de los lentes. Diminutos y fríos, aunque en el arrugado rostro hubiera lo que podía definirse como una sonrisa. Alto, seco, encorvado, con los cabellos cortados poco menos que al rape, la boca sumida en un duro pliegue. Hermann Scheuner parecía una retorcida, torturada barra de viejo hierro.

—¿Cómo está, *fraulein* Katzenberger? —sonreía a su manera el anciano, tendiendo la mano.

—Muy bien, gracias, *herr* Scheuner. Encantada de conocerle.

—Es usted muy amable. Y lo mismo digo, naturalmente. Bien no haga demasiado caso a Wilfried... Aunque entiendo que se han conocido esta misma tarde ya habrá podido comprobar usted que es... un poco chistoso.

—¿Chistoso? ¿Por qué dice eso? —sonrió Alice.

—Por lo de «gran» Hermann Scheuner. Soy solamente un pobre viejo que se toma un descanso al sol... Es usted muy bonita. Yo diría que encantadora.

—Usted sí que es amable, señor —sonrió Alice de nuevo.

—Permítame presentarle a mis amigos, los señores Helmutt Kleist, Johannes Loos y Roben Schallenberg, que han tenido la buena idea de pasar por aquí a visitarme.

Los tres hombres, que desde el principio se habían puesto en pie, se fueron acercando a Alice Westmoreland, sonrientes, tendiendo la mano a medida que iban siendo presentados. Alice mantuvo su sonrisa, como una máscara que ocultaba su impresión ante todos y cada uno de aquellos ancianos, el más joven de los cuales debía haber cumplido ya los setenta años

Helmutt Kleist, como Hermann Scheuner, era cojo, caminaba con evidente dificultad. Johannes Loos era manco, le faltaba el brazo izquierdo. Robert Schallenberg parecía no tener tara alguna, pero en cuanto lo tuvo ante ella estrechándole la mano, Alice se dio cuenta de que el ojo derecho era de cristal, es decir, que era tuerto. Allí, en aquel salón, había dos cojos, un manco y un tuerto... Ninguno de ellos menor de setenta años, los cuatro secos, de rostros angulosos, arrugados como pergamino o cuero.

Esto le pareció tan... notable a Alice que no prestó demasiada atención a las frases amables que le dirigieron, y en cuanto a las suyas propias correspondiendo fueron de lo más protocolarias. No podía evitar aquella profunda impresión, aunque lo estuviese disimulando muy bien.

—Parece ser —estaba diciendo ahora Hermann Scheuner— que es usted amiga de mi hijo, *fraulein* Katzenberger.

—Sí, señor. Nos hemos visto algunas veces en Dusseldorf últimamente, por cosas del trabajo. Ha sido una mutua sorpresa encontrarnos aquí.

—Una sorpresa agradable, espero —sonrió Hermann Scheuner.

—Naturalmente.

—Ya. Bueno, hace tiempo que Thomas es viudo, de modo que es de esperar que le gusten esta clase de sorpresas. Pero, por favor, siéntese... Tengo entendido que Wilfried la ha invitado a tomar una copa.

—Si... Sí, han sido todos muy amables.

—La amabilidad —dijo Hermann Scheuner, sentándose después que lo hubieron hecho Alice y Kitty, esta con el bebé en los brazos — es una de las cosas que hacen soportable la vida, ¿no le parece?

—Sin duda —sonrió una vez más Alice—. Pero también hay

otras muchas cosas que hacen soportable y hasta muy agradable la vida, *herr* Scheuner.

—¿Por ejemplo? —la miró con curiosidad el anciano.

—Bueno, por ejemplo, pues... bañar niños.

Hermann Scheuner se quedó mirándola como atónito, mientras Wilfried soltaba una carcajada y la preciosa Kitty sonreía. El desconcierto de Hermann Scheuner duró muy poco.

—Sí, tengo que estar de acuerdo con usted —admitió—. Aunque yo no estoy en condiciones de disfrutar de esa actividad. Mi pobre chiquitín no estaría seguro en mis brazos. Es un niño precioso. ¿No está de acuerdo?

—Oh, vamos, abuelo... —rio Kitty.

—¿Acaso no lo es? ¿Qué dice usted, *fraulein* Katzenberger?

—Por supuesto que lo es.

—Sí... En realidad, todos los bebés son preciosos. Luego, la vida los va... marcando, no siempre de un modo agradable. Lo que estoy tratando de decir es que mis amigos y yo también fuimos bebés.

—¿No se lo dije? —rio Wilfried, tendiendo un vaso con whisky a Alice—. ¡Es un sujeto de lo más simpático! Pero... ¿se lo imagina usted como un bebé?

—¿Por qué no? —alzó las cejas Alice—. La verdad es que todos conservamos siempre unas ciertas... características infantiles.

—¿Eso cree usted? —exclamó Helmutt Kleist—. Caramba, es una idea graciosa. ¿Qué ve usted de infantil en nosotros?

—Sí —apoyó sonriente Schallenberg, reluciendo su ojo de cristal —, nos gustaría escuchar eso, *fraulein* Katzenberger.

—Para pensar eso de nosotros —terció Johannes Loos— debe tener usted una imaginación portentosa. Nos gustaría escuchar qué ve de bebés en cuatro viejos maltratados.

—Lo cierto es que no me refería al aspecto físico, claro está —dijo Alice—, sino a manifestaciones de carácter y de mentalidad. Puedo admitir que ustedes sean diferentes a mí, naturalmente, pero yo me sorprendo todavía muchas veces pensando como una niña, recordando más cosas de mi infancia que de los últimos años.

—Eso es muy interesante —murmuró Hermann Scheuner—. Tengo la impresión de que conversar con usted ha de resultar no solo entretenido, sino estimulante. Para hacernos una idea de lo que puede pensar y sentir en la actualidad, díganos, *fraulein*

Katzenberger, ¿a qué se dedica usted?

—Trabajo como secretaria de idiomas en una empresa dedicada a la exportación de productos fotográficos.

—¡Ah...! Secretaria de idiomas... Debemos entender que habla usted varios idiomas, claro.

—Sí, algunos.

—Debe haber viajado mucho —intervino Johannes Loos.

—Bastante, sí. Pero casi siempre por cuestiones de trabajo. En cambio, ahora, estoy de vacaciones.

Wilfried se inclinó hacia ella, y murmuró:

—No insista mucho en eso: el gran viejo está convencido de que es usted la amante de mi padre.

—¿Qué murmuras tú? —refunfuñó Hermann Scheuner.

—Nada abuelo —sonrió el joven—. Le estaba diciendo a Inge que con gusto le serviría otro whisky.

—Ah. ¿Bebe usted mucho, *fraulein* Katzenberger?

—Claro que no.

—Y díganos —preguntó Schallenberg—, ¿qué lugares conoce mejor de este cochino mundo?

* * *

—En definitiva —murmuró Elvis North cuando Alice terminó el relato—, ¿qué impresión has sacado de todo esto, de esa gente?

—Estoy desconcertada, de verdad. Sin embargo... No sé... Hay algo como... siniestro en todo esto.

Elvis quedó pensativo. Había seguido a Alice hasta la casa que los Scheuner habían alquilado días antes, a su llegada a Ponza, y luego, cuando Alice salió, la había seguido de nuevo; no habían tenido necesidad de comunicarse para saber ambos lo que tenían que hacer: Alice fue hacia el interior de la isla, paseando, ya de noche, y en un lugar adecuado se habían reunido, lejos de cualquier mirada. Ahora, sentados en el suelo en la oscuridad, bajo un olivo, analizaban la situación.

—Podría ser una casualidad —dijo de pronto Elvis.

—¿El hecho de que los cuatro viejos tengan alguna mutilación? No lo creo. Es decir, claro que las mutilaciones se produjeron casualmente, pero tengo la impresión de que no están juntos cuatro mutilados por casualidad.

—¿Qué supones?

—Ya te digo que estoy desconcertada. Están esperando a dos amigos más de Hermann Scheuner, es decir, otros dos ancianos, supongo.

—Y te preguntas si también tendrán algún defecto físico.

—Sí, me lo pregunto. Y lo sabré pronto. Creo que llegarán mañana o pasado mañana; no lo saben seguro, aunque parece ser que lo más probable es que lleguen pasado mañana. Estoy deseando verlos. Mientras tanto, Wilfried, Kitty y yo hemos simpatizado mucho. ¡Y ese bebé es un precioso angelito!

—Si liberas tu instinto maternal nos vamos a meter en un lio. Aclaremos definitivamente una cosa: ¿admitió claramente Thomas Scheuner ser el jefe de este asunto?

—Sí, lo admitió claramente... aunque observé en él cierta vacilación.

—¿A qué la atribuirías?

—Bueno, mi impresión es que donde esté Hermann Scheuner su hijo no tiene gran cosa que hacer: ese anciano tiene un carácter... notable. De hierro.

—¿Crees que el verdadero y definitivo jefe puede ser él?

—Podría serlo.

—Lo que no entiendo es lo de esa joven pareja con el bebé. ¿Qué demonios pintan en todo esto?

—He pensado en eso, y creo que he encontrado una explicación admisible. En mi opinión. Hermann Scheuner decidió venir a Ponza con su hijo Thomas, pero en ningún momento pensó en Wilfried con Kitty y el bebé; pero, el bebé estaba resfriado, y Wilfried pensó que sería estupendo tomarse unos días de descanso y al mismo tiempo traer a su hijito a un lugar cálido y soleado. Y cuando le dijo esto a su padre o a su abuelo, estos no pudieron negarse a admitirlos con ellos, claro está.

—¿Y si el bebé no fuese de ellos, sino un bebé... digamos comprado por ahí, para tenerlo aquí como una muestra de respetabilidad y todo eso?

—Cielos... ¡Eres maquiavélico, mi amor!

—Tú misma me has dicho antes que de todas las personas de esa casa la que más inteligente te ha parecido ha sido Wilfried Scheuner. Es joven, fuerte, está en pleno vigor físico... En cuanto a su linda mujercita, ¿cómo saber que es cierto? Podría ser otra

Simonetta, por ejemplo.

—Hablas poco —refunfuñó Alice—, pero cuando lo haces eres demoledor: estás aniquilando mi simpatía por esos jóvenes padres y su precioso bebé.

—Entonces, vamos a cambiar de tema. ¿Qué otras personas hay en esa casa?

—Una cocinera y un criado que hace de todo, por lo que he entendido: camarero, mayordomo, etcétera

—¿Los has visto?

—Al criado, sí.

—¿Sabes si son alemanes?

—El criado, sí... —suspiró Alice—. Y no tengo más remedio que pensar que también se trajeron la cocinera de Alemania.

—¿De cuál de los otros tres viejos es el vate, y cuántas personas han quedado en él?

—Es de Robert Schallenberg, y no sé cuánta gente ha quedado en él, pero no creo que haya más de cuatro. Lo que si se es que no hay a bordo ninguna mujer. Me atrevo a sugerirte, mi amor, que no te arriesgues intentando husmear en ese yate. Dudo que haya algo que valga la pena.

—Ya. Lo dices porque si en algún momento les llega algo que valga la pena, será en el yate que están esperando.

—Eso creo.

—De todos modos, algo tenemos que hacer,

—Estoy segura de que ya has pensado algo, pero no acaba de gustarte la idea.

—¿Qué he pensado, brujita?

—En realidad —sonrió Alice—, lo más adecuado sería que te dices un paseo por Nápoles mientras yo sigo trabajando aquí, pero temes que me complique la vida. Te aseguro que no. En estos dos días que faltan hasta que llegue el otro yate puedo hacer algo realmente tranquilo.

—¿Pasear en yate?

—Ya sabes que no. Supongo que tienes en la lancha todo el equipo que pueda necesitar.

—¿Estás segura de que podrás desenvolverte en esa casa sin que nadie te vea ir colocando micrófonos?

—Claro que sí. ¡Oh, vamos...! Todo lo que necesito es un equipo

de micrófonos con grabadora. Aunque en realidad debería limitarme a someter a escucha el salón: es allá donde esos cuatro ancianos se encierran a charlar largo y tendido. Y si alguna conversación en esa casa tiene que resultar interesante, ha de ser la de ellos.

—Muy bien, te dejaré el equipo aquí mismo dentro de un par de horas, y ya lo recogerás cuando te vaya bien.

—¿Vas a Nápoles?

—Puesto que están esperando instrucciones, iré. Y además, tengo curiosidad por conocer al sujeto que han localizado nuestros compañeros de la W.W.W.

—Es decir, que irás a visitarlo.

—Todavía no sé lo que haré. De todos modos, llegaré a Nápoles hacia las tres de la madrugada, hora poco apropiada para tomar iniciativas.

—¡Increíble! —rio Alice—. ¿Eso lo dice el mejor hombre de la Vigilancia Universal?

—Tú lo has dicho: soy un hombre, no un mochuelo.

—Entonces —rio Alice Westmoreland—, ten cuidado durante el viaje, ¡no sea que vayas a dormirte y cuando despiertes estés en África en lugar de en Nápoles!

CAPÍTULO VI

LA luz del dormitorio se encendió de pronto, y Dan Roebuck, que dormía boca arriba, soltó un gruñido, se removió, y acabó por girar en el lecho, quedando boca abajo. Durante unos segundos permaneció inmóvil. Luego, abrió un ojo.

Se quedó contemplando a la mujer que dormía junto a él, tan completamente desnuda como vino al mundo, lo mismo que él ella estaba de costado, de modo que podía ver bien su rostro. Era bonita. Una prostituta pero bonita. Y joven. De las caras. En los últimos meses, Dan Roebuck se había tenido que conformar con putas maduras y gordas y algún que otro asunto por gusto personal con chicas aceptables. Pero hacía días había cobrado un pequeño aunque sabroso anticipo sobre un próximo trabajo, y una de las cosas que había hecho había sido, por fin, buscar una puta cara.

Y allá la tenía. Delgada, morenita, preciosa...

Pero ella estaba dormida. No se enteraba de nada. Sí, estaba dormida.

Entonces... ¿quién había encendido la luz?

Con la agilidad de sus poderosos músculos, el mercenario, terrorista y asesino profesional Dan Roebuck se sentó de un salió y un habilísimo giro en la cama.

Inmediatamente, vio al desconocido. Estaba sentado en una silla, cerca de la cama, en su lado, a unos dos metros. Tenía los ojos oscuros, y había en ellos una cierta expresión sardónica... y fría. En su mano derecha sostenía con indiferencia una pistola provista de silenciador. Sus piernas estaban elegantemente cruzadas. Su postura, su actitud, era calmada, de pleno reposo, pero Roebuck

comprendió en el acto la clase de hombre que tenía delante.

—¿Quién demonios es usted? —masculló Roebuck.

—Elvis North, de la W.W.W.

—¿Qué?

—Soy agente de la Vigilancia Universal. Es un organismo que podría definirse como una... depuradora de basuras mundial.

Dan Roebuck parpadeó No entendía nada.

—¿Con qué derecho ha entrado aquí? ¿Qué quiere?

En el lecho, la prostituta joven y bonita se movió, abrió los ojos, vio a Roebuck sentado, y, por un lado de este, a Elvis North. La muchacha se sentó también de un salto al ver la pistola en la mano de North.

—¡Oh, Dios mío...! —exclamó—. ¿Qué... qué pasa?

—Coge tu ropa y lárgate —dijo Elvis.

—¿Que me largue? ¡Este es mi apartamento!

—Lo sé. Y también sé que son las cuatro y media de la madrugada. Pero lárgate. No me obligues a repetirlo.

La muchacha se quedó mirando asustada a Elvis North. Luego miró a su «cliente», que permanecía inmóvil, un poco demudado el rostro. Finalmente, miró de nuevo la pistola en la mano de Elvis. Salió de la cama y se acercó adonde había dejado sus ropas, sin volver a abrir la boca. Comenzó a vestirse precipitadamente, pero Elvis North la miro, y le dijo amablemente:

—Tranquila, hace frío en...

Dan Roebuck estaba ya en el aire en dirección a Elvis, tendidas las manos, dispuesto ante todo a sujetar la mano armada de su desconocido visitante... Pero lo que encontró ante todo fue el pie derecho de Elvis, que simplemente lo alzó, de modo que Roebuck se dio de cara contra él, y cayó de rodillas ante Elvis, mascullando una maldición, e intentando ahora sujetarlo por los tobillos.

Elvis, simplemente, se puso en pie, y se alejó dos pasos. Roebuck también se puso en pie desorbitados los ojos y fijos en la pistola... pero no fue de ahí de donde le llegó el mal, sino de la mano izquierda de Elvis North que le aplicó en plena mejilla una espantosa bofetada que casi lo derribó, mientras su oído comenzaba a silbar agudamente.

—¡La puta que te...! —jadeó Roebuck, abalanzándose contra North, convencido de que este no iba a dispararle.

Y en efecto, Elvis North no disparó, como esperaba el musculoso Roebuck. Lo que hizo fue aplicarle un punterazo entre las ingles, en plenos testículos. Dan Roebuck se detuvo, lívido como un cadáver, y se encogió, llevándose las manos al lugar golpeado, tambaleándose. Otro bofetón alucinante lo enderezó, silbando de nuevo sus oídos espantosamente. Alzó las manos para protegerse el rostro, y entonces recibió otro patadón en los testículos.

Dan Roebuck puso los ojos en blanco, y se desplomó.

Elvis North miró a la demudada prostituta, que parecía una estatua.

—Abrígate bien. Te iba a decir que hace frío en la madrugada: aunque luego el sol caliente, a estas horas no hay que fiarse. Bien, ¿qué esperas? ¿Necesitas ayuda?

—No... no, señor... No...

—Muy bien. Oye, ¿tienes cordel en alguna parte?

—Sí, ere... creo que... que hay en la cocina...

—Ve a buscarlo, por favor. Así, tal como estás. Espero que no se te ocurrirá marcharte desnuda.

—No... No.

Elvis North asintió, se guardó la pistola, asió a Roebuck y lo tiró sobre la cama, como si fuese un guñapo. Lo colocó boca arriba, y separó sus brazos y piernas. Cuando la muchacha llegó con varios trozos de cordel, procedió a atar las manos y los pies de Dan Roebuck a la cama, de modo que este quedó en forma de equis. La muchacha, que mientras tanto se había vestido rápidamente, contempló con aterrado estupor la última maniobra de Elvis North, consistente en anudar el extremo de un largo cordel a los genitales de Dan Roebuck. Por último. Elvis North se sentó, dejó el extremo del último cordel sobre una de sus rodillas, y encendió un cigarrillo.

Miró a la prostituta.

—¿Ya estás?

—Sí... Sí, señor.

—Pues adiós Y no vuelvas por aquí antes de una semana, es un buen consejo. Ve a casa de una amiga, o de un amigo A tu gusto. Me has entendido bien, ¿verdad?

—Sí, señor, sí.

Elvis North asintió, y se dedicó a fumar. La muchacha salió del dormitorio. A los pocos segundos, Elvis oía el sonido de la puerta

del apartamento, que con tanta facilidad había abierto utilizando una ganzúa.

Dan Roebuck tardó todavía seis o siete minutos en regresar del mundo de las sombras. Parpadeó, y enseguida hizo un gesto de dolor. Alzó la cabeza como pudo, y miró hacia sus genitales, que le dolían horriblemente. Se quedó pasmado contemplando el cordel que los rodeaba por la base, fuertemente anudado... y lanzó una ahogada exclamación cuando Elvis North dio un tironcito del cordel.

—¡No haga eso! —jadeó.

—De acuerdo —aceptó North—. ¿Qué sabes del juramento?

El gesto de Roebuck fue de un pasmo inenarrable.

—¿De qué?

Elvis hizo un gesto de desaliento. Había comprendido que el mercenario no tenía idea de lo que le estaba hablando, así que el interrogatorio tomó otro derrotero.

—Hace unos días fuiste contratado en el Bar Tritone por una preciosa rubia llamada Simonetta. ¿En qué consistía el contrato, qué tenías que hacer?

—Pero, ¿qué demonios...?

Dan Roebuck se atragantó con sus palabras, y palideció intensamente, cuando Elvis North dio otro tirón al cordel, ahora con más fuerza que antes.

—Roebuck, no estoy bromeando: te voy a arrancar todo el paquete genital si no contestas pronto y bien. ¿En qué consistía el contrato y qué tenías que hacer?

—No lo sé... ¡No lo sé todavía!

—¿Cuándo te lo habrían dicho?

—Tengo... tengo que estar dentro de cuatro días en Ponza, eso es todo lo que me dijo la rubia del Tritone.

—Dentro de cuatro días en Ponza. Muy bien. Simonetta contrató más personal, hasta un total de cuarenta y seis hombres como tú. ¿Conoces a alguno de ellos?

—Sí.

—¿Recibieron las mismas instrucciones?

—Sí. Teníamos que concentrarnos todos en Ponza dentro de cuatro días.

—¿Quieres decir que habríais llegado por separado, como si no

os conocierais?

—Sí, exactamente.

—¿Quién os habría estado esperando allí?

—Simonetta. Ella nos habría dicho entonces lo que teníamos que hacer. A mí me dijo que estaría en el hotel Il Celo, pero que no fuese allá, sino a otro, y que solo me acercase a ella, cuando paseando por el embarcadero, me hiciese una señal.

—¿Les dijo lo mismo a tus amigos?

—Sí.

—¿A cuántos conoces, de ese grupo?

—A tres. ¿Cuarenta y seis, dice usted? No sabía que fuésemos tantos... ¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Qué es eso de la Vigilancia Universal y qué huevos pinta usted en esto?

—Yo hago las preguntas. Prosigo: ¿entiendo que en todo esto solamente conoces a Simonetta?

—Sí.

—¿Y no sabes nada de lo que tenáis que hacer?

—No.

—Pero si sabrás que se trata de algo... especial, algo en lo que habría que matar, ¿no es cierto? ¿Sabías esto?

—Yo no trabajo precisamente de samaritano —gruñó Roebuck.

—Pues yo sí —dijo Elvis North, poniéndose en pie—, y voy a hacer mi primera obra buena del día de hoy.

Plop, disparó.

Dan Roebuck solo tuvo tiempo de abrir la boca. Justo entonces, la bala se hundía en su corazón, penetrando de arriba abajo por el costado. Roebuck saltó, crispado el cuerpo, pero se relajó inmediatamente, y su cabeza se venció flojamente hacia un lado.

Elvis North guardó la pistola, y abandonó el apartamento.

* * *

El teléfono sonó cuando Alice Westmoreland se disponía a abandonar su ya soleada habitación en el hotel Il Celo. Cerró la puerta, y atendió la llamada.

—¿Sí? Ah, sí, Paolo, gracias... ¿Diga?

—...

—¡Señor North, qué sorpresa...! Oh, cielos, ¿cómo ha sabido dónde encontrarme?

—...

—¡Ese Mario...! Le tendré que advertir que en lo sucesivo no informe a nadie del lugar donde decido ir de vacaciones. Oh, pero no se lo tome a mal, no es que me moleste que me haya localizado usted, de ninguna manera. Aparte de que si me ha llamado aquí sabiendo que estoy de vacaciones es porque debe tratarse de algo importante, naturalmente. ¿De qué se trata?

—...

—Ah. No sabía eso. ¿Está usted seguro de que esos cuarenta y tantos clientes van a venir a Ponza para esa conferencia definitiva?

—...

—Muy bien. Dentro de cuatro días... Gracias por avisarme. Aunque debo advertirle que los señores Werthe y Effel están en Nápoles, de modo que ellos podrán atenderle personalmente. ¿No los ha visto usted?

—...

—Entiendo. Ellos dos se han reunido con un tal señor Dan Roebuck al que usted ha visitado. Sí, entiendo, entiendo. Bueno, considerando que hasta dentro de cuatro días no se realizará esa conferencia, y que yo no espero novedades aquí antes de veinticuatro horas, se me ocurre que quizá usted haya decidido proseguir ciertas negociaciones en Nápoles.

—...

—Me alegra que esté de acuerdo. De todos modos, si las termina usted pronto, y quiere venir mañana mismo a esperar a los cuarenta y tantos conferenciantes, estaré encantada de verlo, señor North.

—...

—De acuerdo. Muchísimas gracias por su información, y hasta mañana.

—...

—No se preocupe usted: no iniciaré ninguna negociación antes de su llegada. Adiós, señor North.

—...

Alice Westmoreland colgó, y quedó con una seca sonrisita en sus bonitos labios. Por supuesto, para ella el mensaje estaba clarísimo, él había matado a un sujeto llamado Dan Roebuck, del que había obtenido la información de la llegada de los restantes aventureros contratados a la isla de Ponza dentro de cuatro días. Y eso era todo lo que había conseguido saber, pues de otro modo también se las

habría ingeniado para comunicárselo encubiertamente.

Así que ahora, él seguiría intentando conseguir más información. Igual que ella, debía estar muy interesado en saber qué era aquello del juramento... pero, desde luego, al día siguiente lo tendría allí, en Ponza, hubiera conseguido o no esa información, pues no querría que ella estuviera sola cuando llegaran los demás personajes en otro yate.

Muy bien. Mientras tanto, ella debía arreglárselas para colocar en la casa de los Scheuner uno o varios micrófonos, e instalar en lugar adecuado el receptor-grabador. A cada instante se convencía más y más de que cualquier cosa interesante que sucediera en aquella casa debía proceder de los cuatro notables ancianos... y de los dos que llegarían al día siguiente.

En cuanto a los demás, no sabía qué pensar. Tenía el convencimiento de que Wilfried y Kitty no sabían nada de nada. Thomas, sí, desde luego, pero su personalidad era muy diferente a la de su padre, el «gran» Hermann Scheuner.

¿Podía un hombre como Thomas Scheuner dirigir a cincuenta hombres dispuestos a todo?

—Yo creo que no —murmuró la señorita Westmoreland.

En cambio, sí estaba segura de que podría hacerlo Hermann Scheuner.

Así que Alice Westmoreland tomó su maletín de viaje, con el material que necesitaba, y abandonó su habitación en el hotel Il Celo.

Había sido invitada a almorzar en la encantadora casa alquilada por los Scheuner en la isla, y, ciertamente, no pensaba rechazar la invitación.

* * *

—¡Yo creo que caminará muy pronto! —rio Alice—. ¡Tiene las piernas muy fuertes!

—¿Lo ves? —exclamó Wilfried, mirando a Kitty—. ¡Ya te lo vengo diciendo yo! ¡Será futbolista!

—¡Oh, Wilfried, no digas tonterías! —rechazó Kitty.

—¿Por qué son tonterías? —frunció el ceño Wilfried.

Estaban en el jardín de la casa, tras la blanca tapia. El pequeño Albert iba a gatas de un lado a otro, lleno de vitalidad, obligando a jugar con él a Alice, Wilfried y Kitty. Esta miró a Alice con un gesto

como de resignación.

—Ahí tiene. Inge: el heredero de una gran industria alemana — señaló al pequeño Albert—, un hombrecito destinado a dirigir una gran empresa, y este fantasioso quiere convertirlo en futbolista. ¿No le parece absurdo?

—¿Por qué es absurdo? —se mosqueó Wilfried—. ¡La misma Inge se ha dado cuenta de que tiene las piernas muy fuertes! Explícame qué tiene de absurdo ser futbolista, ¿quieres? Más absurdo sería que dedicase toda su vida a luchar con lobos de los negocios. Lo mejor es ser futbolista. Seguramente ganará más dinero que en la empresa que todavía se empeña en dirigir el abuelo, y sin tantas complicaciones, todo lo que tendrá que hacer será salir a un campo de fútbol a pegar patadas a un balón... ¡Y con eso, además de divertir a la gente, lo que es muy meritorio, ganará todo el dinero que quiera!

—Siempre y cuando resultase ser un fuera de serie —puntualizó Kitty.

—¿Y por qué no puede serlo? ¡Será uno de los mejores futbolistas del mundo! Algo así como un Pelé, un Bobby Charlton, un Best, un Amancio, un Cruyff, un Kempes...

—Wilfried —rio de nuevo Alice—, no entiendo demasiado de fútbol, pero me parece que ha llegado usted demasiado lejos: Pelé solo hay uno. O lo hubo.

—Pero puede haber otro, ¿no?

—Como usted debe saber, a Pelé lo llaman O Rey, que en brasileño quiere decir El Rey. Y nadie nunca ha discutido esto en todo el mundo.

—Según eso, usted descarta la posibilidad de que pueda haber otro Pelé... aunque sea de raza blanca, ¿eh? Pues eso, en mi opinión, es lo mismo que negar la posibilidad de que cualquier día nazca otro Einstein, otro Alexander Fleming, otro Beethoven... ¿Por qué no puede nacer alguien igual e incluso superior a Pelé, Beethoven y todos los genios que en el mundo han sido, en una u otra actividad?

—Bueno, si lo pone de ese modo creo que tendré que aceptar la posibilidad de que el pequeño Albert llegue a ser otro Pelé.

—¡O a superarlo! ¿Por qué no?

—¡Cuántas tonterías! —exclamó Kitty—. Y además, se está

haciendo muy tarde. Voy a bañar a Albert y a darle la cena... ¡Estando más tranquilos cuando se haya dormido!

—Pero menos divertidos —sonrió Alice.

—¿Viene, Inge? —se puso en pie Kitty—. Si tanto la divierte Albert puede ayudarme hoy también a bañarlo.

—Con mucho gusto —se puso también en pie Alice— ¿Puedo llevarlo yo en brazos arriba?

—¡Claro que sí! —rio ahora Kitty.

En el momento en que Alice Westmoreland tomaba en brazos al pequeño Albert, sonaba la campanilla de la puerta que cerraba el jardín.

—Voy a abrir —dijo Wilfried— y subo enseguida a ver cómo tratáis al futuro Emperador del Fútbol.

Wilfried Scheuner se dirigió hacia la puerta del jardín, mientras Alice y Kitty, la primera con el niño en brazos, se dirigían hacia la casa. Pero muy lentamente, pues Alice quería saber quién había llamado, así que se fue entreteniendo enseñando flores al niño y mirando de reojo hacia la puerta.

Wilfried había abierto ya. Entraron cuatro hombres. Dos de ellos eran altos y fuertes, y llevaban ropa de marino. Los otros dos eran muy diferentes. En primer lugar, por la edad, pues doblaban las de los dos marinos... Eran un par de ancianos que encajaban perfectamente con los otros cuatro. Uno de ellos era manco, como Johannes Loos, solo que le faltaba el brazo derecho, no el izquierdo. En cuanto al otro, apenas vio Alice el gesto de Wilfried para tomarle de un brazo, comprendió que era ciego.

—¡Ah! —exclamó Kitty, vuelta hacia la puerta—. ¡Ya están aquí los amigos que faltaban del abuelo! Bueno, después los veremos... Porque supongo que se quedará también a cenar, Inge.

—Me temo que estoy abusando demasiado de su amabilidad.

—¡Claro que no! Y además —la simpática Kitty se echó a reír—, ¡me está usted resultando de gran ayuda, es una niñera perfecta!

CAPÍTULO VII

SÍ, de espía, contraespía y aventurera incansable, a niñera.

Pero sin olvidar lo otro.

Alice se dio perfecta cuenta de que a Thomas Scheuner no le hacía demasiada gracia que ella se quedara a cenar, pero Kitty y Wilfried insistieron de tal modo que ni siquiera Alice pudo negarse.

Los dos ancianos llegados aquella tarde en el yate de uno de ellos se llamaban Anthony Hauser y Sigmund Kessler; el primero era ciego; el segundo, dueño del yate, era el mutilado del brazo derecho. El más simpático de los dos, sin embargo, y hasta de todo el grupo, resultó ser el ciego. Anthony Hauser era un hombre encantador, rebosante de simpatía, conocedor de mil anécdotas curiosas y divertidas. La pérdida de la vista había agudizado sus otros sentidos, como suele suceder, y tenía una finísima percepción de cuanto sucedía a su alrededor.

—Por ejemplo —había dicho en determinado momento—, podría asegurar que la señorita Katzenberger es rubia, alta y delgada, y que viste muy bien.

—¿Cómo ha podido saberlo, Anthony? —exclamó Wilfried.

—Lo de rubia lo he oído —rio Hauser—. Lo de alta y delgada es lógico si es bonita. Y vista muy bien porque lleva zapatos de tacón alto en lugar de zapatillas o cosas así Pero además, sé que es alta por el lugar donde suena su voz. Y sé que no es gorda porque sus pisadas son... etéreas. Y todavía puedo añadir otra cosa más, para la que no hace falta ser vidente: es muy inteligente. Me gusta cómo habla. De lo que no cabe duda, ciertamente, es que Thomas sabe elegir bien sus amistades.

—En realidad —murmuró Thomas Scheuner—, como ya he dicho repetidamente, es una amistad... casual. Lo que no le resta encanto, naturalmente —se apresuró a añadir.

—Me están ustedes abrumando... —rio Alice—. Y ya es muy tarde. Creo que ha llegado el momento de retirarme.

—¡Oh, vamos...! —empezó a protestar Wilfried.

—La señorita Katzenberger ha pasado aquí el día, Wilfried —dijo Thomas—. Es lógico que ahora quiera hacer algo por su cuenta, así que no debemos retenerla más.

—Me encanta estar con ustedes —sonrió Alice—, pero el señor Scheuner tiene razón. Oh, espero poder verlos a todos mañana... Ha sido un día muy simpático.

Se puso en pie, y todos los hombres lo hicieron en el acto a su vez, incluido Anthony Hauser que percibió el movimiento ante él.

—La acompañaré hasta la puerta del jardín —dijo Thomas.

Dejando a todos en la sala. Alice Westmoreland abandonó la casa. Afuera, en el jardín, ahora bañado de luz lunar, Thomas Scheuner la tomó de un brazo.

—No sé si es conveniente que usted se relacione tanto con nosotros —murmuró—. Por otra parte, quizá debería estar en el hotel, o paseando con frecuencia por el embarcadero, por si regresan Werthe y Effel con los otros.

—Posiblemente regresen mañana. ¿Debo avisarle a usted en cuanto haya hablado con ellos?

—No. Werthe y Effel ya saben cómo comunicarse conmigo. Usted póngase a disposición de ellos, con su amigo de Nápoles.

—Entendido. Buenas noches, señor Scheuner.

La puerta del jardín se cerró tras Alice Westmoreland. En la retorcida y encantadora calle maullaron un par de gatos, que desaparecieron rápidamente. De alguna parte llegaba el rasgueo de una guitarra, y una dulce voz masculina se dejó oír en una hermosa canción que, naturalmente, hablaba de amores...

Era todo tan extraño, tan insólito, que durante un par de minutos Alice estuvo caminando sin fijarse en nada, abstraída. Dos mancos, dos cojos, un ciego, un tuerto... Todos de más de setenta años, todos reunidos en Ponza. Y Thomas Scheuner esperando la llegada allí de cincuenta hombres dispuestos a todo. Y lo más desconcertante de todo: Wilfried, Kitty con el precioso bebé... No

tenía sentido.

Alice Westmoreland se dirigió precisamente hacia el lugar donde la noche anterior había estado conversando, bien escondida, con Elvis North. Allá había dejado el equipo de escucha aquella mañana, antes de ir a la casa de los Scheuner... y había llegado el momento de utilizarlo.

Y ello porque tenía la certeza de que en cuanto los seis ancianos se encontraran solos comenzarían a hablar... Pensó en llamar a Nápoles para avisar al contacto de que debía informar a Elvis de la llegada de los dos últimos ancianos, pero eso podía esperar, pues no era probable que aquella noche sucediese nada importante... salvo lo que hablasen aquellos sorprendentes personajes en la sala...

Hermann Scheuner cerró la puerta de la sala, a la que había acompañado a Wilfried y Kitty, y se volvió hacia sus ahora silenciosos amigos.

—¿Dónde está Thomas? —preguntó de pronto Helmut Kleist.

—Lo vi antes, hace rato, conversando con los dos hombres del yate de Sigmund —encogió los hombros Hermann—. Debe estar asegurándose de que todo está funcionando perfectamente. Dejemos que mi hijo haga su parte, y ocupémonos de la nuestra.

—Hasta ahora tu hijo lo ha hecho muy bien, Hermann —dijo el tuerto Schallenberg.

—Naturalmente. Y seguirá haciéndolo.

—¿Quién es exactamente esa señorita Katzenberger? —preguntó al ciego Anthony Hauser.

—Ya deberíais haber comprendido que está trabajando para nosotros —refunfuñó Hermann, sentándose—. Lo que ocurre es que Thomas no quiere que su hijo y su nuera se enteren de nada, lógicamente, así que la ha presentado como una conocida de Dusseldorf.

—¿Es prudente que esa joven nos conozca a todos nosotros?

—Deja hacer a Thomas. Por supuesto, ella tiene que ser de absoluta confianza, de otro modo el mismo Thomas se habría encargado de eliminarla. Bien, pasemos a lo interesante. Como sabéis, Thomas se ha encargado, como siempre, de reclutar los hombres apropiados, y está esperando el último informe respecto a su agrupamiento, para pasarles las instrucciones concretas a cada grupo que actuará en un lugar distinto. Solo que esta vez, como ya

convinimos, seremos nosotros los que tomaremos la dirección de los diferentes ataques. Pero, antes de dar el último visto bueno al plan que cada uno de nosotros ha preparado, creo que debemos proceder, como siempre, al juramento anual. Coloquémonos en círculo.

Los sillones fueron movidos de modo que los seis ancianos quedaron formando un círculo. Ya formado este, los seis se pusieron en pie, adoptaron la postura de firmes, y extendieron el brazo y la mano, en saludo hitleriano.

Los seis efectuaron el juramento a la vez, pronunciando las palabras lentamente, con claridad:

—Nosotros, los supervivientes del grupo Rache, en nombre nuestro y en el de los que cayeron antes que nosotros, juramos vengar la humillante derrota alemana y la masacre efectuada por los Aliados en nuestro pueblo y en nuestros ejércitos. Nosotros, el grupo Rache, juramos repetir y mantener este juramento año tras año mientras quede en nuestros cuerpos un soplo de vida; vida que dedicaremos al exterminio implacable e incesante de judíos en especial, y de Aliados en general. Nosotros, los supervivientes del grupo Rache, juramos dedicar nuestro tiempo, nuestras vidas y nuestras fortunas, a la venganza de la derrota alemana, a la humillación, a la brutal separación de nuestro pueblo. Nosotros, el grupo Rache, juramos solemnemente, ahora y siempre, dedicar todo nuestro esfuerzo y toda nuestra inteligencia y poder a asestar golpes de muerte al mundo que hizo posible la derrota de Alemania: juramos crear el pánico, la muerte, la desolación y el odio entre todos los pueblos hasta conseguir que sobrevenga una Guerra Total que cause la exterminación de todos. Este es el juramento del año mil novecientos ochenta del grupo Rache. ¡Por Alemania! ¡Muera el mundo!

* * *

¡Muera el mundo!

Las últimas palabras, tras las que sobrevino el silencio quedaron como repitiéndose en interminable eco en los oídos de Alice Westmoreland, que no pudo contener una abogada exclamación. Estaba tan sobresaltada e incrédula que ni siquiera pudo prestar atención a las siguientes palabras de los ancianos. Las oía, pues continuaba con los auriculares del receptor-grabador colocados en

sus orejas, pero no podía escucharlas.

—Por el amor de Dios... —murmuró— ¿Qué clase de... locura es esta?

Se aprestó a seguir escuchando, pero, justo entonces, los dos hombres aparecieron ante ella, brillando en sus manos sendas pistolas. Respingó, se irguió vivamente, y se quedó mirándolos con los ojos muy abiertos. Demasiado tarde se dio cuenta del error que había significado colocarse los auriculares en lugar de mantenerlos a unos centímetros de sus oídos, con lo que su finísimo oído habría quizá captado cualquier otro ruido próximo; quizá, en la oscuridad de los arbustos, no habría visto nada, pero sí habría oído... Ahora, tenía ante ella dos hombres armados, que, por fin visibles a la luz de la luna creciente, le apuntaban con sus armas.

Y de pronto, los auriculares le fueron arrancados. Se volvió vivamente, y vio tras ella a Thomas Scheuner. Apenas una sombra bajo la cobertura del árbol, pero una sombra en la que destacaba muchísimo su rostro, blanco como la leche.

—Apague ese aparato... —jadeó Thomas—. ¡Apáguelo!

Alice Westmoreland obedeció, mientras pensaba que había sido cándida en exceso. Ciertamente, ni Wilfried ni Kitty sabían nada de todo aquello, pero sí Thomas Scheuner que, por supuesto, formaba parte de aquel grupo de venganza[1] ¿Estaban todos locos?

Esto pensaba mientras retiraba la mano del aparato. Y todavía haciendo este movimiento captó tras ella el de Thomas Scheuner. Supo, por su aliento fuertemente expulsado, que era un movimiento brusco; supo que eso entrañaba peligro inmediato para ella... y ya no supo nada más, porque el tremendo golpe aplicado a su cabeza con el cañón de la pistola la fulminó sin conocimiento...

* * *

Cuando se recuperó totalmente tenía la vaga sensación de un movimiento oscilante, y luego aquella presión en el vientre todavía muy dolorido debido a su encuentro con Effel en la barca... Sí, alguien la había llevado en una barca, o en una lancha, y luego la había transportado echada de vientre sobre su hombro...

Ahora, la luz difusa se iba concretando. Cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, sabía ya que le dolía horriblemente la cabeza. Y le dolieron los ojos cuando la luz incidió en ellos. Volvió a cerrarlos. Su finísimo oído funcionaba ahora. Oía el mar, muy suavemente,

como en chasquidos. Estaba en una embarcación... ¡En uno de los yates de los alemanes!

De nuevo abrió los ojos, tras mover la cabeza de modo que la luz no diera en ellos.

Estaba en un camarote, no muy grande. La portilla estaba abierta, por eso oía el mar. Y lo olía ahora. Afuera, todo era oscuridad, aunque quizá lejos se divisaba un resplandor... ¿Las luces de la localidad de Ponza? El techo estaba a menos de un metro de ella. No, no era el techo. Era una litera. Estaba tendida en una litera, y encima tenía otra. Volvió a mirar hacia el centro del camarote. La luz ya no la molestó casi nada. Estaba fuertemente atada de pies y manos a los montantes de la litera. Miró las ligaduras de las manos. Nudos marineros. Fáciles y difíciles. Se podían deshacer con un dedo... si es que ese dedo alcanza a los nudos, cosa que no parecía probable.

De nuevo cerró los ojos, y procedió a efectuar inspiraciones lentas y profundas. El dolor de cabeza fue cediendo lentamente, se fue suavizando.

Muy bien. Después de todo. Thomas Scheuner si había resultado peligroso... y desconfiado, sin duda. Debía haberla seguido acompañado de los dos hombres que habían llegado a la casa con Anthony Hauser y Sigmund Kessler, que eran los que habían aparecido ante ella. Se habían quedado el equipo, claro, y posiblemente debían estar buscando en la sala de la casa los dos micrófonos que ella había colocado uno en su sillón y otro detrás de un cuadro que había fingido examinar. Los encontrarían, seguro.

No tenía ni idea de la hora que era, pero sí sabía con absoluta certeza que le esperaban malos momentos.

El juramento.

Se estremeció al recordarlo. ¿Qué significaban «exactamente» aquellas palabras pronunciadas tan solemnemente con tanto «odio»? ¿Se referían a la Segunda Guerra Mundial, que hacía «treinta y cinco años» que había terminado? ¡Treinta y cinco años!

—Debe ser otra cosa —pensó Alice Westmoreland—... ¡«Tiene» que ser «otra» cosa!

Salvo aquel apagado rumor del mar, todo estaba en silencio.

Finalmente. Alice Westmoreland se durmió.

La despertó el zumbido de los motores, muy amortiguado. Pero real y efectivo. Habían zarpado, estaban navegando. Por la abierta portilla se veía el resplandor del sol. Debía ser muy temprano. ¿Las ocho de la mañana? No mucho más.

Todavía estuvieron navegando durante más de una hora antes de que, por fin, la puerta del camarote se abriese, dejando paso a Thomas Scheuner y a dos hombres que no conocía, pero que comprendió que eran tripulantes del yate. Dos sujetos a los que la experiencia de Alice catalogó inmediatamente como peligrosos y sin escrúpulos de ninguna clase.

Thomas Scheuner acercó un taburete, y se sentó junto a la litera. Su rostro parecía impasible, pero Alice captó en sus facciones una gran tensión que intentaba ser ocultada, disimulada. Era la expresión forzosamente inexpresiva del hombre que intenta no revelar sus emociones o ideas. Y, al mismo tiempo, había una gran determinación en aquella expresión.

—Salgan —dijo Scheuner, mirando a los dos hombres.

La puerta del camarote batió tras ellos. Scheuner volvió a mirar a Alice, dejó fija su mirada en los ojos de ella, que contemplaba con suma atención los ojos empuñados por los gruesos cristales.

—Muy bien —murmuró Scheuner—; ¿quién es usted?

Alice se pasó la lengua por los labios.

—Ya sabe usted quién soy —replicó—: Ingeborg Katzenberger.

—Lo preguntaré de otro modo: ¿qué es usted?

—También sabe eso, señor Scheuner. Su actitud hacia mí...

—Está bien —se encogió de hombros Scheuner—, si no quiere decirme la verdad me tiene sin cuidado.

—Pero usted ya sabe la verdad: soy amiga de Kobler, quien a su vez es amigo de Werthe y Effel... ¡Estoy trabajando para usted!

—¿Espionando las conversaciones de mi casa?

—Fue... una idea de Kobler. Él me dijo que quería saber bien dónde se metía, y que no estaría de más que...

—Está usted insultando mi inteligencia, señorita Katzenberger. Esta es una conversación estúpida, así que vamos a dejarla.

Se dispuso a ponerse en pie, en efecto. Y esto no podía permitirlo Alice Westmoreland. ¡No iba a dejar que se marchara sin saber más sobre el juramento!

—Espere... —murmuró—. En realidad, soy agente de la W.W.W.

—¿La qué?

—La Watch Wide World, la Vigilancia Universal. Es una organización que... vigila en lo posible a determinadas personas o grupos que pueden alterar la relativa convivencia en el mundo.

—¿Y se han fijado en mí?

—No. No en usted, pero sí en algunos hombres que usted ha estado contratando escalonadamente por medio de Werthe y Effel y estos a su vez por medio de Kobler y Delnier. Los cuatro han muerto. Y yo no soy ni Simonetta Vanini ni Ingeborg Katzenberger, sino Alice Westmoreland, agente de la W.W.W. Supimos que Simonetta Vanini estaba contratando hombres peligrosos en el Bar Tritone, de Nápoles, así que fuimos a por ella, y yo ocupé su lugar.

—¿Quiere decir que hay en Ponza compañeros de usted?

—Sí... Muchos.

Thomas Scheuner frunció el ceño. Luego, sonrió secamente.

—No hay ninguno —negó—. No solo habrían hecho algo por usted anoche, sino que esta mañana nos habrían seguido, al menos. Y no ha sucedido nada de eso. Me he asegurado bien antes de zarpar y durante el tiempo que llevamos de navegación. No hay nadie que nos siga de ninguna manera. Pero, de todos modos, ya no importa.

—¿No importa? —se sorprendió Alice—. ¿No le importaría a usted que un grupo de compañeros míos tomara este yate por asalto?

—En primer lugar, eso no les resultaría fácil. Y en segundo lugar, ya le digo que me he asegurado bien de que nadie nos sigue... Olvídelo, señorita... Westmoreland.

—Como usted prefiera —intentó sonreír Alice—, pero está advertido.

—Le aseguro que no hay nada que me preocupe.

—Mejor para usted. ¿Puedo saber adónde vamos?

—Mar adentro. Muy mar adentro. Estamos navegando directamente hacia el sur.

—¿Hacia Sicilia?

—Sí... —sonrió Scheuner—. Si, hacia Sicilia. Oyó usted el juramento, ¿no es cierto?

—Sí. Todos ustedes están locos, señor Scheuner

—Todos, no. Yo no.

—Usted está tan loco como ellos. Y además, por lo que oí antes del juramento, ha hecho cosas que...

—No he hecho nada... —movió la cabeza Scheuner—. ¡No he hecho absolutamente nada en ningún momento!

—Pero ellos dijeron...

—Oh, bueno, ellos pueden decir lo que quieran, pero yo no he hecho nada. Los he estado engañando a todos desde el primer momento!

CAPÍTULO VIII

THOMAS SCHEUNER emitió una risita, sacó un paquete de cigarrillos, y lo movió hacia Atice.

—¿Quiere fumar?

—No podría sostener el cigarrillo, señor Scheuner.

—Yo lo haré, no se preocupe.

—En ese caso, gracias.

Scheuner encendió dos cigarrillos, y colocó uno en los labios de Alice, a la que miraba socarronamente a través del humo del suyo.

—¡El último cigarrillo! —rio.

—¿Quiere decir que van a matarme?

—Todos tenemos que morir —encogió los hombros el alemán—. ¿No está de acuerdo? Si, un día u otro todos tenemos que morir. Lo que ocurre es que algunas personas, como usted, mueren jóvenes, y otras personas, como mi padre y sus amigos... viven demasiado tiempo. Tengo entendido que morir joven es signo de privilegio, de... elegido. Usted, evidentemente, es una elegida, señorita Westmoreland.

—Supongo que no esperará que me alegre de ello. ¿En qué ha estado usted engañando a su padre y a los demás, a sus amigos?

—Cuando me enteré de lo que estaban haciendo quedé aterrado... y anonadado, claro. No supe qué hacer, de momento, de veras. Al fin y al cabo, se trataba de mi padre.

—¿Qué estaban haciendo?

—Cuando terminó la guerra, estuvieron algunos años inactivos, recuperándose física, emocional y económicamente. No fue fácil, ya que eran los vencidos, y además, como habrá comprobado, todos

tienen uno u otro defecto. No, no les fue fácil... Sin embargo, pocos años después de la guerra organizaron por fin el grupo Rache. Todos los que lo integraban habían quedado mutilados, pero, además, habían perdido familiares y bienes durante los bombardeos aliados que machacaron Alemania. Luego, es cierto, Alemania recibió ayuda económica, y de toda clase, y, con muy buen sentido, los alemanes decidieron... no diré olvidar, sino correr un tupido velo sobre el pasado, como suele decirse. Pero no los miembros del grupo Rache.

—¿Quiere decir que su odio hacia los Aliados persistió?

—Sí. Pero no solo contra los Aliados, sino contra todo el mundo, que había celebrado la derrota de Alemania. Así que organizaron el grupo Rache para vengarse... de todo el mundo.

—Eso es absurdo. Unos cuantos hombres no podían...

—Oh, al principio fueron muchos, más de treinta. Pero han ido muriendo, y ahora solo quedan los seis que usted conoce. Ellos, y naturalmente los que todavía permanecían vivos, han estado asestando golpe tras golpe al mundo, devolviéndole todo el dolor que de él recibieron, provocando situaciones límites, creando tensiones internacionales, cometiendo asesinatos, actos de terrorismo, catástrofes civiles en forma de sabotajes a transatlánticos, aviones, trenes... asesinando, en fin, a miles y miles de personas...

—¡Por el amor de Dios!

—Le pondré un ejemplo de lo más... expresivo... —sonrió muy divertido Thomas Scheuner—. ¿Sabe usted quién asesinó al presidente de los Estados Unidos John Fitzgerald Kennedy?

Alice quedó un instante estupefacta, antes de exclamar:

—¿El grupo Rache?

—¡En efecto! Bueno, eso es lo que creen ellos, claro, pero no fue así.

—No le comprendo... ¿Quién fue, entonces?

—Ah, no tengo la menor idea. Pero ellos sí están convencidos de que fueron los promotores y directores del asesinato del presidente norteamericano Kennedy. Y es lógico que lo crean, porque... ¿cómo habría de desconfiar un padre de un hijo?

—¿Usted... hizo creer a su padre que había organizado el asesinato de Kennedy?

—Entre otras muchas cosas igualmente terribles y hasta más terribles. Lo de Kennedy es solo un ejemplo. Cada vez que ocurría algo verdaderamente grande, yo iba a ver a mi padre, le ponía en las manos los periódicos, y le decía muy sonriente que el grupo Rache había asestado otro golpe mortal al mundo. ¡Se ponía contentísimo, llamaba a sus amigos, lo celebraban...! ¡Oh, Dios mío, pobres tarados mentales, pobrecitos míos...!

—¿Usted los engañaba? ¿Por qué? ¿Qué ganaba con eso?

—Como le he dicho antes, al principio fueron ellos mismos quienes se encargaron de su... venganza, y cometieron realmente muchas atrocidades. Cuando me enteré creí que me iba a morir del susto. Pensé denunciar al grupo, pero... estaba mi padre. Y mi hijo. Y todavía vivía mi madre, y mi mujer... Era una situación terrible, se lo aseguro. Y tras mucho pensar, encontré una solución: me ofrecí, como buen hijo, a secundar los proyectos del grupo Rache, y en poco tiempo me convertí en director del mismo. Bueno, en director externo, se entiende. Enseguida me encargué de todo, de preparar golpes de mano, sabotajes, asesinatos... mil canalladas. Les decía que contrataba hombres adecuados: mercenarios, asesinos, aventureros de toda clase... Me fui perfeccionando. Les decía que todo costaba cada vez más caro, les pedía cada vez más dinero, y ellos pagaban sin rechistar, porque a los pocos días o semanas les ofrecía en bandeja otro triunfo contra el «enemigo». Pero todo era mentira. Lo único que quería, y que he estado consiguiendo durante todos estos años, era evitar que ellos sí fueran cometiendo realmente atrocidades. Y lo he conseguido.

—¿Y el dinero? —preguntó incrédulamente Alice.

—Lo he ido depositando en una cuenta en Suiza. Cuenta de la cual van saliendo importantes cantidades con destino a obras benéficas de ámbito mundial. ¿No me cree usted?

—Por Dios, no lo sé... ¡No lo sé!

—Bueno, allá usted. En realidad, no me importa.

—Pero si eso es cierto... ¿qué significan esos cincuenta hombres que ha estado contratando en Nápoles? ¡Y no me diga que eso también ha sido ficticio!

—No, eso no, porque de pronto, ellos decidieron tomar la dirección de un gran golpe simultáneo. Casi me morí del susto cuando mi padre me dijo que el grupo Rache quería asestar un

golpe dirigido personalmente por ellos antes de morir. Se sienten viejos, cansados, desengañados ya de todo... menos de su «venganza». Y así, sabiendo todos ellos que están camino del final, decidieron dar el último gran golpe múltiple, dirigirlo personalmente. De modo que me pidieron que contratase cincuenta hombres, los más peligrosos que pudiera encontrar y que estuvieran dispuestos a todo. No supe cómo evitar aquello, así que de momento, para tranquilizarlos y tenerlos engañados, inicié, esta vez de verdad, la contratación del personal que me pedían. Pero, claro está, mientras tanto, me puse a pensar en el modo de evitar que se cumplan los planes del grupo Rache...

—¿Qué planes?

—La culpa es mía... —sonrió de nuevo Scheuner—. Les he contado tantas mentiras que creen que todo es realmente tan fácil de conseguir como las ficciones que me he ido inventando. Y puesto que todo es fácil de conseguir disponiendo de hombres y dinero, han preparado algunas... cosillas contra el mundo.

—¿Qué «cosillas»?

—Bueno, tienen varios planes, pero no saben todavía por cuáles de ellos decidirse. Desde luego, serán varios y simultáneos, pero aún tienen que aprobar cuáles llevan a cabo. Tienen mucho donde elegir. Pueden, por ejemplo, arreglar las cosas de manera que parezca que una patrulla iraní ha entrado por mar en Kuwait asesinando mujeres, niños o ancianos: o asesinar al nuevo presidente de los Estados Unidos, el señor Reagan; o volar el Canal de Suez de una vez por todas; o conseguir un avión iraní que bombardee algunos pesqueros rusos en el Mar Caspio; o demoler algunas embajadas norteamericanas o rusas en enclaves cruciales; o enviar una supuesta patrulla de Irak a Irán, para que incendien una escuela cuando esté llena de niños: o sabotear determinados oleoductos; o asesinar cientos de árabes por medio de bombas de napalm justamente el día diez de este mes, que es el primer día del siglo XV árabe, o sea, el primer día del año mil cuatrocientos uno de la era de Mahoma... Bueno, ellos están pensando en cuáles de estas acciones son o serán más... dolorosas para el mundo en general.

Alice Westmoreland se había quedado sin habla, palidísima, por fin, emitió un fuerte suspiro.

—Señor Scheuner, tiene usted que soltarme... ¡No puede usted

consentir eso, aunque sea su padre!

—Oh, no se preocupe —sonrió otra vez Thomas, mirando su reloj de pulsera—, ya he tomado mis medidas. Todo va bien.

—¿Todo va bien? Escuche, dentro de tres días llegarán a la isla de Ponza cuarenta y cinco hombres contratados en Nápoles, y si su padre y sus amigos entran en contacto con ellos de un modo u otro...

—No se preocupe. A esos hombres se les dio un pequeño anticipo, y todo lo que podrán hacer será gastárselo viviendo agradablemente en Ponza unos cuantos días o semanas. Luego, tendrán que marcharse en busca de otros trabajos.

—¿Qué quiere usted decir con...?

Sonó una llamada a la puerta, esta se abrió, y apareció un tripulante del yate.

—Señor Scheuner, es mejor que suba a cubierta. Hemos encontrado un naufrago, o poco menos.

—¿Un naufrago? —gruñó Thomas—. ¡No diga simplezas!

—Bueno, señor, es un hombre que va en lancha desde Sicilia a Capri, y lo hemos encontrado al paio. Se le ha estropeado la batería, y no puede navegar ni llamar por radio... De momento le hemos echado un cabo y lo estamos remolcando, pero él dice que va hacia Capri, no hacia el sur, y que si no podemos remolcarlo hacia el norte, que al menos le dejemos utilizar la radio para pedir ayuda y le dejemos en este punto hasta que vengan a buscarlo... Quería saber si usted no tiene inconveniente en que ese hombre suba a bordo, señor.

—Voy a verlo... —dijo Scheuner, poniéndose en pie, mirando de nuevo su reloj—. Adiós, señorita Westmoreland —sonrió todavía una vez más—. ¡Adiós para siempre!

—Espere... ¡Espere un momento, por favor! Quisiera otro cigarrillo, si no le importa.

—Claro que no.

Thomas Scheuner colocó otro cigarrillo encendido entre los labios de Alice, y abandonó el camarote en pos del tripulante. Casi no se había cerrado todavía la puerta cuando Alice flexionó el brazo derecho, deslizando las cuerdas por el tubo de la litera. Hizo lo mismo con el izquierdo, de modo que ambas manos quedaron por encima de su cabeza, que forzaba ahora hacia atrás y un lado. No

iba a ser nada fácil, pero tenía que intentarlo. Manteniendo ahora los dos brazos fuertemente flexionados, estiró el cuello, y la brasa del cigarrillo sostenido entre los apretados labios se aproximó a la cuerda que sujetaba la mano derecha...

* * *

El supuesto naufragio se apresuró a tender la mano a Thomas Scheuner en cuanto subió a bordo tras recibir la autorización de este.

—Se lo agradezco mucho, señor. Mi situación...

Por simple automatismo. Thomas Scheuner alargó también su mano... y un instante más tarde se arrepintió. El desconocido asió su mano, tiró de él haciéndole girar de modo que quedó de espaldas, y pasó su brazo izquierdo por su garganta, en fortísima presa, al mismo tiempo que, liberando su mano derecha, sacaba una automática de debajo del jersey.

Automática cuya fría boca notó en el acto Thomas Scheuner en la sien derecha. Frente a ellos, los tres hombres de la tripulación se quedaron como paralizados; en la cabina, el que pilotaba el yate en aquel momento se quedó mirando atónito el inesperado giro de los acontecimientos. No había nadie más en cubierta.

—Muy bien, señor Scheuner —dijo secamente Elvis North—; dé orden inmediata de que suban a cubierta a *fraulein* Katzenberger... y espero por el bien de todos que ella esté no solo viva, sino en perfecto estado de salud. ¿Me ha oído?

La sorpresa fue general cuando, de pronto, Thomas Scheuner se echó a reír, con grandes carcajadas sonorísimas. Incluso el siempre imperturbable Elvis North quedó tan desconcertado que, en la cabina de mandos, el hombre que estaba allí sacó rápidamente una pistola del salpicadero, y, sin preocuparse por el cristal, se dispuso a disparar contra la cabeza de Elvis North.

Pero este no se hallaba tan desconcertado que no captara el movimiento, y viese la pistola en la mano del hombre... Apartó su arma de la cabeza de Scheuner, y disparó. El cristal saltó en miles de diminutos fragmentos destellando al sol, y la bala que lo había reventado dio en la frente del hombre, y lo tiró de espaldas, haciéndolo desaparecer de la vista... Elvis North estaba disparando de nuevo. Ahora, su bala se hundió en el centro del pecho de otro hombre, que había sacado rápidamente una pistola del bolsillo de

atrás. El hombre lanzó un alarido, y saltó con los pies hacia arriba, rebotando de cabeza en la cubierta...

El siguiente disparo brotó de la pistola de uno de los dos tripulantes que quedaban, pero, ciertamente, no acertó a Elvis North, sino a Thomas Scheuner, que se estremeció fuertemente, gritando... y riendo al mismo tiempo. El siguiente disparo de Elvis North alcanzó en la nuca a este hombre cuando, tras disparar, corría en pos de su compañero para protegerse en el interior del yate... adonde llegó ya muerto, rodando peldaños abajo con tal fuerza que derribó al que le precedía.

Y cuando este se puso en pie, lívido, mascullando horrendas maldiciones, quedó súbitamente petrificado al ver ante él a la prisionera. Cuando quiso reaccionar, ya era tarde. Alice dio un paso hacia él, apartó la mano armada antes de que su cuerpo estuviese en la línea de tiro, y descargó un escalofriante directo con los nudillos a la garganta del hombre, que cayó hacia atrás muerto en el acto, con el rostro desencajado y los ojos casi fuera de las órbitas.

—Pero ¿qué demonios pasa? —apareció Hermann Scheuner por el pasillo de los camarotes, cojeando.

Detrás de él, Alice vio llegar a los demás, incluso al ciego, que deslizaba una mano por la pared del pasillo, suavemente... Pero eso fue todo lo que hizo Alice: mirarlos. Sin más, subió a toda velocidad a cubierta, gritando:

—¡Soy yo!

Apareció como disparada en cubierta. Miró a Thomas Scheuner, que ahora no reía, y la miraba incrédulamente. Detrás de Thomas Scheuner, Elvis North no pudo evitar una mueca de alivio, pareció a punto de decir algo, pero Alice no le dio tiempo.

—¡Tenemos que abandonar el yate cuanto antes! exclamó—. ¡Va a estallar de un momento a otro! ¿No es así, señor Scheuner?

Este recuperó su desconcertante hilaridad, y consiguió alzar un brazo, para mirar su reloj de pulsera. Hecho esto, volvió a reír.

—He sacado... de paseo... a unos pobres viejecitos...

De su boca brotó un torrente de sangre. Elvis North lo dejó rodar sobre cubierta, y corrió hacia donde había sido amarrada su lancha, procediendo a deshacer rápidamente el nudo marinero, mientras gruñía:

—Sabía que te meterías en un lío... ¡Lo sabía! Por eso te llamé

anoche, y cuando no contestaste a ninguna de las llamadas...

—¡No me riñas ahora! ¡Tenemos que saltar!

Soltada la lancha, Elvis señaló por encima de la borda y Alice saltó, sin más consideraciones. En ese momento, aparecían en cubierta los ancianos del grupo Rache. Elvis North los miró, hubo en sus ojos un parpadeo, y acto seguido recordó las palabras de ella: había que saltar.

Así pues, saltó.

Cuando reapareció en la superficie, el yate seguía navegando, escorando con creciente fuerza, perdido el rumbo... Más atrás, Alice había reaparecido también, y nadaba hacia la lancha, que, tras ser remolcada, todavía se deslizaba suavemente sobre las azules aguas.

—¡Nada hacia aquí! —gritó Alice—. ¡Nada hacia...!

El yate se convirtió en una bolsa de fuego, a unos ciento cincuenta metros de distancia. Una oleada de calor llegó al rostro de Elvis North, pero eso fue todo... mientras los pedazos de la lujosa embarcación ascendían hacia el cielo, para luego caer en un radio de más de doscientos metros, mientras la bola de fuego se convirtió en un penacho de humo negro. Hubo todavía otra explosión, y los restos del yate quedaron desmenuzados.

Una fuerte oleada de agua esta vez zarandeó a Elvis North que dio la vuelta y comenzó a nadar hacia la lancha que ya estaba abordando Alice Westmoreland.

—Te advierto —se apresuró a decir esta en cuanto Elvis se colocó chorreante a su lado—, que si no hubiese sabido que te las habías arreglado para salirnos al encuentro habría saltado por la portilla.

Elvis North asintió, puso la lancha en marcha, y emprendió el largo viaje hacia Nápoles. Extendió un brazo y Altee se cobijó contra su cuerpo. Sabían que no tenían tiempo para expansiones, que debían alejarse cuanto antes de aquellas aguas, evitando incluso el encuentro con cualquier embarcación que acudiese atraída por el gran penacho de negro humo... que pronto desaparecería.

Simplemente, Elvis North preguntó:

—¿Cómo te sientes?

—Muy mal... ¡Oh, Dios mío, muy mal! ¡Era un juramento horrible, mi amor...!

ESTE ES EL FINAL

ELVIS NORTH colgó el auricular del teléfono, y se volvió hacia Alice Westmoreland, que, desnuda en la puerta del cuarto de baño de la lujosa suite de cierto hotel de Roma, le miraba expectante.

—Asunto terminado —dijo Elvis—: tus amigos han regresado a Dusseldorf.

—¿El pequeñín está bien? —murmuró Altee.

—Claro. El pequeñín y sus simpáticos padres. Apenadísimos, pero bien. Nuestros compañeros de la W.W.W se han asegurado de que todo ha terminado... satisfactoriamente. Es decir, que nadie sabe nada, excepto que unos pobres ancianos salieron a dar un paseo en yate a primera hora de la mañana y que sufrieron un accidente.

—Toda una tragedia...

—Peor habría sido que hubiesen conseguido realizar alguno de sus locos proyectos. ¡Esa gente estaba... envenenada mentalmente!

—¿Qué otra cosa puede esperarse después de una guerra?

—Deberías dejar de preocuparte. Todo ha terminado bien... bajo un punto de vista adecuadamente objetivo. Las únicas personas que valían la pena, es decir, el pequeño Albert y sus padres, están bien. ¿Por qué no lo olvidamos ya todo?

—Es un niño precioso —sonrió de pronto Alice.

—De acuerdo. ¿Te importa que me bañe contigo?

—¿Y si me importase?

Elvis North se acercó a Alice Westmoreland, la abrazó por la cintura, y atrajo hacia su pecho el desnudo cuerpo de la bella aventurera.

—Bueno —sonrió de pronto—, si te molesta eso me temo que nunca tendrás un hermoso niño rubio, mi amor.

—Entonces —susurró Alice—, no me importa...

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE



ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.

NOTAS

[1] Roche, en alemán, significa «venganza». (N del A.)